





# OBRAS COMPLETAS

DE

# MISTRESS BENNET.

---

TOMO V.

# ROSA,

## Ó LA NIÑA MENDIGA Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

ROP

*DON FELIX ENCISO S. A.*

TOMO I.

MÁDRID.

*Imprenta de Repullés.*

1819.

*Se hallará en las librerías de* Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe.*



# LISTA

## DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

HASTA EL DIA,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

---

*SEÑORAS.*

Doña Antonia Tamariz de Arjona.

D.ª Bárbara Sanchez.

Excma. Duquesa de Osuna.

D.ª Francisca de Arce y Gayangos.

D.ª Francisca de la Puerta.

D.ª Francisca Delauneux.

D.ª Ignacia Gonzalez.

D.ª Josefa Centi de Cabanilles.

D.ª Josefa de los Martires.

D.ª Josefa Callejo.

D.ª Josefa Martinez.

D.ª Josefa Toboso Romano.

D.ª Juana Fernandez.

D.ª Julia Negrillo.

D.ª Manuela Gilman.

D.ª María Bravo.

D.ª María de la Mata Linares.

D.ª María Fermina Arias.

D.ª María Juana Bustamante.

D.ª María Manuela Alvarez.

D.ª María Sandalia Acebal de Angulo.

D.ª Paula Cumillas.

D.ª Pia Martin.

D.ª Rafaela de Garde.

D.ª Rosa Ramirez.

D.ª Vicenta Maturana.

*SEÑORES.*

D. A. de G.

D. A. G.

D. Agustin Cano Pizarro.

D. Alvaro de la Vega.

D. Ambrosio García.

D. Andres Antonio Gorbea.

D. Andres Villamartin.

D. Angel María de Apezteguía.

D. Antonio Alvarez.

D. Antonio del Alcazar.

D. Antonio Giambomi.

D. Antonio María Tadei.

D. Antonio Navarro.

D. Antonio Vazquez.

D. Antonio Villamil y Trilles.

D. A. R. B.

D. Baltasar Joaquin Perez.

Baron de Casa Davalillo.

D. Benito Anton Pisador.

D. Bernabé Cosin.

D. Bernardino Contreras.

D. Blas Marquez.

D. Cándido Gutierrez y Torres.

D. Cárlos Rodriguez.

D. Celedonio Revesadó.

D. Cipriano Lopez.

Conde de la Estrella.

D. Domingo de la Torre.

D. Domingo Fernandez Angulo.

D. Eduardo Gil.

D. Felix Bergado y Parayuelo.

D. Fermin del Rio.

D. Fernando Juan Ugarte y Barrientos.

D. Florencio García.

D. Francisco Bernalde de Quirós.

D. Francisco Clemente de la Peña.

D. Francisco de Lagos.

D. Francisco de Paula Imart.

D. Francisco Goyeneche.

D. Francisco Lasé.

D. Francisco José Blanco.

D. Francisco Lerena.

D. Francisco Villaescusa.

D. Francisco Xavier de Berin.

D. Genaro Izquierdo.

D. Hipólito Gonzalez.

D. Jacinto Hernandez: *por 6 ejemplares.*

D. Jayme Galindo.

D. José Antonio Saez.

D. José Aranda.

D. José Cano.

D. José Fernandez del Menor.

D. José García Carrasco.

D. José Gil.

D. José Irene Rodriguez.

D. José María Busengol.

D. José María Rodriguez.

D. José María Ruiz.

D. José Martinez.

D. José Patricio Wanhufel.

D. José Pelográ.

D. Joaquin de Arteaga.

D. Juan Carrion.

D. Juan Florez.

D. Juan García del Pozo.

D. Juan Jimenez.

D. Juan José de la Sotilla.

D. Juan Nuñez.

D. Juan Romero.

D. Juan Sanchez.

D. Julian Martinez Pando.

D. Julian Ortiz de Lanzagorta.

D. Julian Rey.

D. Julian Rodriguez.

D. Luis Audipe de la Fuente.

D. Manuel María Lopez.

D. Manuel Casal.

D. Manuel Nieto y Castillo.

D. Manuel Paz.

D. Manuel Ramirez de Arellano.

D. Mariano Arana.

Marques de Ovieco.

D. M. G. L.

Dr. D. Miguel Vayo.

D. Miguel Espiga.

D. Miguel Gorge.

D. Miguel Montenegro.

D. Narciso Rubio.

D. Nicolás Gallardo.

D. Pablo Infante.

D. Pedro Benitez.

D. Pedro Gonzalez Carrasco.

D. Pedro Lopez Blanco.

D. Pedro Mártir Revilla.

D. Pedro Zarandona y Balboa.

D. Plácido Martin Sanz.

D. Rafael Diaz Rivera.

D. Ramon de Ávila.

D. Ramon de Caseda y Esparza.

D. Ramon Gutierrez.

D. Santiago Gomez.

D. Segundo Cuerda.

D. Serafin Nicolás de Aranda.

D. Tomas Linacero.

D. Vicente Pio del Barco.

D. ............ Zea Gago.

✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤

# ROSA,

## Ó LA NIÑA MENDIGA,

### Y SUS BIENHECHORES.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

Una hermosa mañana de la primavera de 1780 cierto caballero alto, flaco, valetudinario y melancólico por temperamento, residente en la provincia de Surrey, salió con su criado á continuar los paseos que á semejante hora daba todos los dias cerca de las tapias de un jardin inmediato; y apénas se habia apartado de su casa, cuando se excitó su humor irritable viendo una niña, que paseándose delante de él, se puso de rodillas, y se cosio con sus pies, de modo que le era imposible proseguir, á

menos de que no fuese pasando por encima de su cuerpo. "Apártate del camino, pequeña Jezabel", la dijo no sin enfado; y luego volviéndose á su criado añadió: "Esta criatura me atormenta siempre mucho mas que la fiebre que me está mortificando todo el invierno."

Entonces la niña con una vocecita tan dulce como debil exclamó: "*Una limosna, buen señor, una limosna para comprar pan.*" — "Sí, pan, pan: ese es vuestro cantar siempre: ¿creeis que estaré continuamente dando dinero á los holgazanes que se comen aquí lo que pertenece á los pobres de la parroquia? Ea, apártate del camino."—"Por Dios, señor, por Dios, exclamó la niña levantándose, dadme una limosna: tengo mucha hambre, y ademas mi madre me reñirá si no la llevo alguna cosa."—"Tu madre es una tunanta, y tú lo serás tambien dentro de poco: quítate,

vuelvo á decir; y si otra vez sucede que te encuentre cerca de mi casa, dí á tu madre que la mandaré dar una paliza despues de haberte hecho atar sobre sus hombros, y haberos paseado así por todas las parroquias inmediatas como unas vagabundas. Esto digo, y voto vá, que no me ayude Dios si no lo cumplo."

Cuando alguna vez el Coronel Buhanum prorumpia en semejantes expresiones se hallaba precisamente en el caso de aquellos *seres brillantes*, que la fortuna ha colocado sobre el vulgo, y que animados por algun interés, deseo, capricho ó resentimiento, necesitan echar mano de un estilo enérgico para apoyar sus promesas, ó sus amenazas, y entonces imaginan que un juramento pronunciado con firmeza inspira mas confianza, ó mas terror á la multitud incrédula, y así usan amenudo de este resorte para que se les crea

aquello que ellos mismos no tienen intencion de realizar nunca. El juramento del Coronel era de esta misma clase; y aunque en el discurso de esta historia no tendremos muchas ocasiones de observar semejanza alguna entre su carácter y el de los hombres referidos, sin embargo, bueno es saber que cuando le sucedia hallarse en contradiccion la sensacion con el juicio, se valia de un juramento para sufocar aquella, y sostener éste.

El tal Coronel tenia por fortuna la prenda de mirar como suyos propios los infortunios agenos; pero cuando le incomodaban sus sensaciones interiores sucedia que brillaba mas un cierto defecto que tenia en la pronunciacion; por manera que sus mismas palabras parecian desmentirle, dando á sus expresiones un sentido enteramente contrario á lo que pensaba significar por ellas. Todo

esto quiere decir que si el Coronel hubiese podido ocultar la emocion de su alma, y tomar un tono sereno y decidido, el juramento le hubiera sido inútil; pero aunque su alma estaba dotada de todos los dotes que constituyen el verdadero heroismo, y aunque á nadie temia en el cielo ni en la tierra sino al supremo Criador de ambas cosas, sin embargo estaba sujeto á otro inconveniente, y era un cierto fluido, que á su pesar subia á ofuscar sus ojos cuando se empeñaba en vencer las emociones de su alma, cuyo fluido en aquel propio momento le obligaba á separar su vista del interesante objeto por quien tan gratuitamente se habia maldecido, si no cumplia la terrible amenaza que acababa de pronunciar.

Pero sea porque este juramento se habia ya repetido otras veces, sea que la niña tuviese un valor inalterable, ó que

su madre la hubiese dicho que era menos malo despreciar un juramento pronunciado con voz temblona y los ojos llenos de lágrimas, que el volverse á casa para morirse de hambre y de frio, lo cierto es que á pesar de la ira del Coronel, que seguía jurando el castigo de la madre y la niña, ésta no le dejó, y se fue tras él corriendo cuanto podian permitirlo sus pies estropeados, sus gruesos zapatos llenos de lodo, los andrajos que cubrian su cuerpo, y una especie de capa encarnada medio pie mas larga de lo que era menester, y que cubria sus espaldas, no cesando siempre de repetir con voz lastimera: "una limosna por Dios, una limosna para comprar un pedazo de pan." — "¡Una limosna! vaya, John, dala la limosna que pide."

John obedeció sin hablar palabra, y la niña parándose á examinar la moneda se puso colorada, y empezó á llo-

rar amargamente. Visto lo cual por el Coronel, la dijo: "y bien, ¿por qué no vas á llevar la limosna á tu madre?"— "Esta moneda no es un *sueldo blanco*, respondió la niña, y mi madre me mandó que la llevase un sueldo blanco precisamente."—"Ja, ja, ja, ¡qué gracia! dijo el Coronel: ¿oyes, John, lo que repara esta tunantilla? quiere una moneda de plata; pero ciertamente yo no quiero dársela." John contestó á su amo, advirtiendo á la niña que cesase de irritarle, y ambos continuaron su paseo, llevando siempre detrás la niña llorando con la mayor amargura, cuando encontraron un hombre cubierta la cabeza con una muy poblada peluca, resguardadas las manos con unos gruesos guantes, envuelto el pescuezo en un gran pañuelo de seda, y llevando un enorme sombrero blanco para que resguardase su cara frescachona y colora-

da de las injurias de un agudo norte que soplaba.

Este caballero era uno de aquellos mortales sobre quienes el Omnipotente, por fines que se ocultan á la sagacidad humana, hace llover toda suerte de prosperidades; es decir, que era muy rico, y tan famoso por esto, como por su robustez y sus conocimientos: de manera que podia mirar con orgullo al rededor de sí, teniendo la satisfaccion de que en la aldea de Penrry apénas encontrarian sus ojos un objeto sobre el cual no tuviese algun derecho, ó no pudiese ejercer alguna especie de autoridad.

Este personage, pues, habia venido observando la tenacidad de la niña, y se reunió al Coronel en el momento en que iba á acabarse la paciencia de éste. "Buenos dias, señor Coronel, le dijo: yo espero tener el gusto de otros

que esta mañana gozais de muy buena salud." — "No señor, le contestó el Coronel: jamás estuve mas incomodado. Ya veis hasta qué punto me importuna ese animal rampante que viene detrás de mí barriendo con sus andrajos el lodo que mueven mis botas."

Sir Salomon Mushroom (este era su nombre) se sonrió; y como precisamente habia salido al encuentro de su vecino no mas que para informarle, y darle ciertos consejos acerca de aquella niña, le dijo: "permitidme que os manifieste como amigo que vuestra caridad sin límites os expone á contínuas supercherias, y produce un daño efectivo; pues todos los holgazanes y vagabundos de la parroquia, que prefieren padecer hambre y frio á la molestia de sujetarse al trabajo, encuentran un camino fácil para llegar á vuestro bolsillo, y á....."

El Coronel Bahanum carecia de la penetracion necesaria para conocer de qué modo la facilidad de llegar á su bolsillo podia ser perjudicial á otro que á él; pero sin embargo por entonces se tranquilizó, y disimulando su extrañeza contestó: "¡y bien! ¿qué quereis decirme?"

Sir Salomon continuó tomando otra vez el hilo de su discurso: "Digo, querido amigo, que aquí en una parroquia ya demasiado cargada de pobres viene á ser vuestra caridad una injuria pública, y verdaderamente siento que....."

Sir Salomon no juraba, ni tenia necesidad de ello, respecto á que hablando naturalmente podia aterrar á los circunstantes; pues su voz de Stentor á veces se dejaba oir de un extremo á otro de la aldea, y aunque sus nervios no eran nada delicados, sin embargo

conseguia poner en convulsion los de sus humildes vecinos, sin necesitar valerse de juramentos ni imprecaciones, que por otra parte no le era decoroso usar, siendo como era juez de paz, y tan zeloso abogado de la moral pública, que se complacia en promover y recibir las denuncias contra todos los aldeanos que, bebiendo en su *taberna*, se tomaban la libertad de imitar este estilo indecente. Con todo debe decirse, que si fuese lícito valerse de un juramento cuando el gesto, fiel intérprete de lo que pasa en el corazon, no va de acuerdo con las palabras, ninguno tenia mas necesidad de jurar que Sir Salomon, pues jamás se vieron menos señales de tristeza ni sensibilidad en la fisonomia de un hombre que en la suya, cuando afectadamente repitió: "*Siento mucho*, me aflijo sobremanera viéndome precisado á convenir con los que

dicen que una caridad sin límites como la vuestra es un verdadero abuso."

Estando en esto acertó á pasar un hombre de alguna edad, que saludó cortesmente á los dos caballeros; y apénas pasó, cuando Sir Salomon prosiguió diciendo: "Ved ahí ese tunante: ese es uno de los que se mantienen á costa de vuestras limosnas: miradle bien, y decidme si por su porte merece ser un objeto digno de ejercitar la caridad."

Sir Salomon hizo esta observacion con un tono tan amistoso, que el Coronel fijando la vista en aquel hombre, y viéndole sano, y no mal vestido, sintió alguna mortificacion acordándose de que el invierno anterior, mientras el rigor de los hielos, le habia estado sosteniendo con sus limosnas; pero aunque observó esto no habló palabra, y se contentó con volver á mirar á John, su criado, como si quisiese preguntar-

le: ¿qué misterio es este? ¿por qué he colocado yo tan mal mis beneficios?

John se adelantó, y quitándose el sombrero dijo á su amo: "Señor, ese hombre está cargado de hijos..."—"Pero todos ellos en estado de trabajar, contestó Sir Salomon."—"Su muger, continuó John, parió á mediados del invierno, y ademas él mismo padece accidentes de epilepsia."— "Digno John, exclamó Sir Salomon dulcificando su voz cuanto le fue posible, yo apruebo tu humanidad; pero sabe que conozco muy bien á ese hombre, y no padece tales accidentes sino cuando ha bebido demasiado."

John hizo una respetuosa cortesía, y volvió á colocarse detrás de su amo, quien buscando el modo de disculpar la falta que se atribuia á su caridad, dijo: "Verdaderamente hemos tenido un invierno muy rigoroso, y me han ase-

gurado que los jornaleros de su clase no pueden ganar de comer en un tiempo tan malo." —"¡ Un invierno rigoroso ! exclamó Sir Salomon : ¿y qué esos hombres no pueden ahorrar alguna cosa en el buen tiempo para mantenerse mientras las lluvias ? ¡ Ah, Coronel ! si *vos* y *yo* no hubiesemos sabido precavernos, y economizar á tiempo, á buen seguro que hoy no estariamos en disposicion de ser caritativos."

Es de advertir, que el poquísimo trato que habia entre el Coronel y Sir Salomon era de resultas de lo mucho que éste lo habia solicitado; pues ningun hombre en el mundo tenia menos gana de aumentar el corto número de sus amigos que el Coronel, y tampoco habia otro mas afecto que Sir Salomon á informarse de cuanto pertenecia á los caballeros de aquellas inmediaciones, buscando así motivos para introducir-

se en las casas, y añadirlos á la inmensa lista de sus conocimientos.

Sin embargo de esto, y á pesar de la reserva con que se portaba el Coronel, y los grandes privilegios que se abrogaba el caballero Mushroom, como señor de Penrry, miembro del Parlamento, gefe de la milicia urbana, uno de los jueces de paz de S. M., y sobre todo el hombre mas acaudalado que se hallaba en veinte leguas á la redonda; á pesar, repito, de que en la aldea habia pocos vecinos que por el temor ó el interés no hubiesen enmudecido sobre la conducta de este personage, con todo algunos rumores desagradables habian llegado á los oidos de John, y por su conducto á los de su amo: de modo que las palabras de *vos* y *yo* que empleó al concluir su discurso desagradaron al Coronel, aunque procuró disimularlo callando: por manera que

el otro continuó despues de algunos minutos de silencio diciendo: "Ahí teneis otro ejemplo del artificio de semejantes gentes en esa niña: su madre y ella no estan aquí sino por casualidad; y á no haber sido por la consideracion que he guardado á un caballero de la aldea, que las señaló una limosna todas las semanas, no las he castigado hasta ahora, como algunas veces lo han merecido, desterrándolas para siempre de esta parroquia; pero ya he resuelto que cueste lo que cueste...."

Sir Salomon hablaba con un tono vehemente, y sus ojos brillaban de cólera, cuando repentinamente fue interrumpido por el criado del Coronel, que adelantándose precipitadamente hácia su amo, y llegándose á su oido, le recordo aquel pasage de un célebre poeta inglés, que dice:

Ni la brillante pompa

Que acompaña á los grandes de la tierra,
Ni la real diadema,
Ni el laurel que concede la victoria
Es para el hombre sabio tan hermoso
Como el ente benéfico,
Que socorre al que está menesteroso.

Dicho esto John volvió á ponerse su sombrero, y tranquilamente se colocó en su puesto.

La sorpresa de Sir Salomon fue tan grande, que involuntariamente retrocedió hasta pisar los límites del camino, extrañando tanto las palabras de la cita, como el bellísimo precepto que encierran. Calló por algunos minutos, y despues inclinándose un poco hácia John, le preguntó: si era metodista. — "¿ y qué quiere decir eso?" respondió John. — "Así se llama un hombre que habla de lo que no entiende, como tú acabas de hacer." — "Si es eso, contestó John, yo no soy un *metodista*, sino

solamente un simple ciudadano."

Fuese porque el caballero se acordase de cuán indecoroso le era hablar con un hombre, que, segun su propia confesion no era otra cosa que un simple ciudadano, ó fuese porque le disgustasen las palabras y sentencia de aquellos versos, Sir Salomon se encolerizó tanto, y habló tan alto, que la niña, que mientras la conversacion habia ido siguiendo al Coronel, se paró involuntariamente ínterin el otro prosiguió gritando. "La madre de esta tunantilla, sabedora del tiempo en que acostumbrais á salir de casa, la habrá mandado que se ponga en acecho, y os aturda con sus gritos pidiéndoos limosna para comprar pan. Cansado de sus importunas plegarias mandais que la den limosna para veros libre de ella.... muy bien, pero observad el resultado que tendrá esa moneda; pues solo ser-

virá para proporcionar á su madre que vaya á la taberna á embriagarse. Ademas, esa muger dará de beber á la niña, cuya fisonomia, alterada por un efecto de las bebidas desecantes, solo servirá para mejor atormentar á los que su madre la encargue que persiga con sus hipócritas lamentaciones."

Sir Salomon hablaba siempre con tal violencia, que muchas veces el Senado británico quedó aturdido con su voz sonora, así como entonces lo estaba el Coronel. Mas de una vez habia confundido á sus concólegas con una mezcla de delirios, verdades y mentiras, admirándolos todavia mucho mas por su intrepidez y constancia, que le distinguia en las disputas; y como él no dudaba estas ventajas, pensó en aprovecharse, no solo para aterrar al hombre caritativo, sino tambien al objeto de su compasion, diciendo á la niña con

aire de autoridad: "muchacha, ¿cuánto aguardiente de Ginebra ha bebebido tu madre esta mañana?"

La pobre criatura hizo un esfuerzo al oir esta pregunta: el terror se dejó ver pintado en su rostro, y quiso huir con tal precipitacion, que sus zapatones se enredaron en los andrajos que la cubrian, y cayendo en el suelo, precisamente sobre una piedra, se lastimó de tal modo la cara, que empezó á derramar mucha sangre. Viendo esto el Coronel, exclamó: "John, ¿qué haremos ahora con esta niña?" El criado la miró con aire de compasion, y no respondio palabra; pero Sir Salomon dijo con un tono de burla: "vámonos al otro lado, que por allí está mas seco el camino," y en efecto empezó á dirigirse allá sin ver que el Coronel y John se habian parado involuntariamente junto á la niña. Ésta procuró

levantarse, y volviendo á dirigir sus ojos llenos de lágrimas al objeto de su terror, hizo nuevos esfuerzos para huir, y despues de haber dado algunos pasos vacilantes, cayó otra vez en tierra sin sentido.

"¡Bravo, queridita! exclamó Sir Salomon viendo esto: ¡bravísimo! te han ensayado perfectamente tu papel, y ahora vas á desplegar todo tu arte."—"¡Su arte, señor! exclamó John levantando con una mano la niña, mientras que con la otra se enjugaba las lágrimas: aquí no hay arte ninguno: la pobre niña está muerta."—"¡Muerta! tanto mejor," respondió él.—"No lo permita Dios," replicó el Coronel con viveza.

Estaban en esto cuando pasó un coche, dentro del cual iba una señora gruesa, ya de buena edad, y en cuyo semblante y ojos no se advertia señal alguna de aquella dulzura que ca-

racteriza el sexo. Á su lado iba un hombre pálido y seco, quien como si temiera que el viento dañase á su débil existencia, apénas bajó un poco el vidrio de la portezuela para contestar á Sir Salomon, que le saludó preguntándole: "¿cómo estais, Doctor Croack?" La contestacion de éste fue corta, y al instante volvió á poner el vidrio como estaba, y el coche siguió su camino.

El compasivo Coronel, que mientras esta pequeña escena se habia llegado á observar la niña, notó en ella ciertas señales de vida, que le consolaron del sentimiento que le causaba ver la mucha sangre que continuaba arrojando por boca y narices; y así habiendo oido nombrar al Doctor Croack mandó al cochero que parase, y rogó al Doctor que dejase su asiento.

Con efecto, el sabio personage volvió á bajar el vidrio, se caló sus an-

teojos, y observando la situacion de aquella pobre niña no tardó en confesar que habia sucedido algun funesto accidente, y que el Coronel habria acudido llevado de la curisidad; pues todo sentimiento de cuantos pueden acudir al hombre á socorrer á sus semejantes era tan desconocido del Doctor como de su compañera.

"¿Qué estais mirando, Doctor, gritó el Coronel: bajad del coche, y venid á socorrer á esta pobre niña." La dama oyendo esto le tiró de la casaca, y le hizo cierta seña con la cabeza; y como el Doctor estaba acostumbrado á entender el lenguaje mudo de esta dama, tosió dos ó tres veces mas recio que lo que solia, y respondió que nunca habia asistido á pobres.

John conocia perfectamente al Coronel, leyó en sus miradas cuanto le irritaba la respuesta; y así dijo al Doc-

tor con mucha atencion que un médico debia asistir y socorrer á todo el mundo. "En efecto, á todo el mundo, respondió Sir Salomon, dirigiendo una expresiva mirada al Doctor, y continuo: sí, John, á todo el mundo, entendiendose por aquellos que pueden pagar, pues el coche del Doctor no rueda para ir á asistir mendigos." John un poco resentido respondio: "El señor Doctor me permitirá que observe que Dios sabrá recompensar su trabajo, si esta pobre criatura no está en estado de pagarle."—"Sin duda que será así, respondió Sir Salomon mirando de nuevo al medico; pero es fijar á la paga un plazo demasiado largo: ¿no es verdad, señor Doctor?"

Impaciente ya el Coronel, cortó la conversacion diciendo seriamente: "El señor Doctor será pagado aquí mismo. John, vé, y...."

John comprendió lo que su amo queria decirle, y sin darle lugar á que concluyese se acercó al coche, y abrió la portezuela. Visto lo cüal por el Doctor rogo al Coronel le disculpase si no le complacia; pues ciertos síntomas de gota que le molestaban no le permitian exponerse al viento. "Sea en buen hora, dijo John; pero si la montaña no viene á buscar á Mahoma, él irá á buscar la montaña; quiero decir, que ahora mismo voy á subir al coche la niña."

"¡Traer aquí la niña! gritó la compañera del Doctor recogiendo por todos lados su ropa: ¡traerla aquí! hacedlo, si os atreveis, señor insolente: ¿qué quereis decir con eso de Mahoma y de la montaña? ¿quién os ha dado licencia para hablarnos con tanta libertad?"

El Doctor, que como ya hemos di-

cho comprendia enteramente el lenguaje de la dama, y se habia familiarizado con todas las sensaciones que podian producir el tono áspero de su voz, quiso poner fin á la agitacion que la atormentaba, y bajando del coche se dirigió tambaleándose hácia donde estaba el Coronel ocupado en limpiar el rostro de la niña con su pañuelo, que habia mojado en un arroyo inmediato, y dijo al Doctor: "esta pobre criatura acaba de dar una terrible caida."

Antes de pasar adelante es preciso decir que el principal adorno de la eloeuencia del Doctor Croack, bien así como de la de su antecesor el Doctor Pantuflos, era repetir tres ó cuatro veces el monosílabo *hé*, *hé*, y jamas dejaba de usar de esta introduccion cuando se le preguntaba alguna cosa, y así contestó diciendo:

"Hé, hé.... sí señor."—"¡Pobre ni-

ña! yo temí que habia espirado: ved, señor Doctor, cuánta sangre ha perdido."—"Hé, hé, sí señor."—"Sin embargo me parece que no tiene ninguna lesion en el cráneo."—"Hé, hé, no señor."—"Quisiera que examinaseis su cabeza por si acaso tiene alguna lesion considerable: John, dame una navaja para cortar el cordon que sujeta sus cabellos.... vaya, Doctor, miradla ahora."—"Hé, hé, sí señor."

Como el hé, hé, y el sí señor, no iba acompañado de ningun movimiento que indicase que el Doctor iba á cumplir lo que se le pedia, el Coronel montó en cólera, y repitió su última súplica con una voz tan fuerte, que el Doctor se puso blanco como un papel, y empezó á temblar como un azogado.

"Os quejábais de la gota, le dijo el Coronel; pero ahora creo que debeis

temer una fiebre."—"Hé, hé, sí señor," respondió; y quitándose sus guantes se preparó á separar un poco los enmarañados cabellos de la niña, y luego dijo que sospechaba no habia que temer ninguna fractura en el cráneo. "¡Lo sospechais! repuso vivamente el Coronel: si no haceis mas que sospecharlo, acercaos mas á verlo: separad los andrajos que la cubren, y examinadla con toda atencion."

El Doctor contestó que lo haria de buena voluntad; pero verdaderamente la ropa de la niña estaba tan asquerosa, que su corazon se negaba á hacerlo.

Esta declaracion, que salió despues de los respectivos hé, hé, y al través de dos filas de dientes ennegrecidos y medio rotos, y entre los pestilentes vapores de su pulmon mal sano, pareció cambiar el color blanquizco de sus la-

bios secos, mudándole en una especie de azul muy obscuro. La humanidad del Coronel se conformaba mal con la repugnancia del Doctor, y asi no le hablo palabra; pero mirándole con desprecio le puso en la mano ciertas monedas, que de una vez hicieron desaparecer todas las dificultades. En esto la niña recobró sus sentidos, y John llevándola en brazos, seguido por el Coronel, el Doctor y Sir Salomon, se dirigieron hácia la casa del primero, yendo detrás muy despacio el coche con la señora.

Durante el corto espacio que habia hasta la aldea el Doctor contó diversas anécdotas sobre la mala conducta de la niña y de su madre, y dió tales detalles de las astucias de ambas, que el Coronel por la primera vez de su vida se avergonzo de ser tan compasivo. Sin embargo, no se crea que

ni las anécdotas del Doctor, ni los comentarios de Sir Salomon eran capaces de influir en las sensaciones que experimentaba el Coronel; pues únicamente lo que le mortificaba era el verse obligado á convenir en la verdad de todo lo que decian, acordándose de la mucha cantidad de monedas blancas y amarillas, como la niña llamaba á los schelings, y medias guineas que él la habia dado, y que se vió claramente que la madre habia gastado del modo mas indecoroso.

Por fin, cuando llegó á su casa el Coronel halló á la niña sentada en un rincon del portal, y á John á su lado, aguardando las órdenes de su amo, el cual como iba de mal humor contra el Doctor, Sir Salomon, la niña y él mismo, mandó á John que la llevase á su madre, y la diese dos guineas, con la expresa condicion de que jamas

volviese á importunarle, so pena de que si la hallaba otra vez junto á su casa haria.... qué se yo cuantas cosas, cuyas amenazas fueron apoyadas con un juramento terrible; y desfogada la cólera se metió en su cuarto sin dignarse de responder apénas á los lisonjeros cumplimientos de Sir Salomon y del Doctor, que juntos le manifestaron el mas vivo deseo de ser admitidos en su sociedad.

La aventura de la mañana fue ocasion de que le acometiese la jaqueca, que padecia con frecuencia; y así se arrojó sobre un sofá, entregándose á sus reflexiones. En la voz lastimera de la niña habia cierta cosa que afectaba particularmente el corazon del Coronel, y que hizo nacer en él aquella incoherencia y confusion de ideas semejante á la que á veces experimentamos en las vagas ilusiones del sueño cuando

se nos representa la masa informe y confusa de las circunstancias pasadas, de las personas que hemos tratado, ó de los sugetos que hemos visto. El Coronel embebido en sus pensamientos conoció bien pronto que ellos no eran suficientes para aliviar su dolor de cabeza, pensó valerse de los polvos cefálicos, y levantándose para buscarlos vió que John entraba precipitadamente por la puerta que él no habia cerrado por olvido, y antes de que ni uno ni otro pudiesen hablar palabra, el Coronel se lleno de ira y de admiracion viendo que la niña seguia á John entrando en la sala con la misma franqueza y desembarazo que si estuviese en la cabaña que él habia dado á su madre el invierno anterior para que se resguardasen del frio. Mas antes de continuar las avanturas de nuestra mendiga conviene retroceder un poco, á fin

de dar á conocer la aldea de Penrry, y algunos de sus habitantes, que deben hacer un papel interesante en esta historia.

## CAPÍTULO II.

La aldea de Penrry, que puede llamarse el Mompeller de Surrey, está situada en una colina, y tiene á su espalda varias montañas que la resguardan de los vientos nortes. A su frente se extienden unas grandes llanuras, cuyos varios paisages recorre con placer la vista, al mismo tiempo que la imaginacion se entrega al mas delicioso éxtasis: á la derecha de la poblacion, y al través de dos hermosos planteles de árboles pequeños, cuyas menudas hojas apénas estorban la vista, se advierten las casas de una ciudad inmediata, y á cuatro millas de distancia corre un rio bastante caudaloso

para procurar á los habitantes el recreo de alguna pesca. En todos aquellos sitios el arte se oculta, pareciendo que deja reinar á la naturaleza, á excepcion de una lanchita verde, en cuya popa se leía con letras de oro: *Soy de Sir Salomon Musrhoom, señor de la aldea de Penrry.* Un puente de piedras muy mal trabajadas se deja ver entre el ramaje que cubre las dos riberas, y en la lontananza se decubren tres ó cuatro pueblecillos, cuyos campanarios perdiéndose en el horizonte terminan la perspectiva.

Penrry dista veinte y siete millas de Londres, por lo cual no es de extrañar la gran diferencia que hay entre las costumbres de sus habitantes, y las de aquellos que han tenido la ventaja de comunicar mas directa y frecuentemente con la Metrópoli; pero á pesar de todo esta aldea habia perdido mu-

cho de su simplicidad antigua por empeñarse en imitar las grandes poblaciones. Á la entrada se veía una bonita casa rectoral, donde un opulento rector iba por condescendencia á pasar algunas semanas del verano: mas lejos, en una especie de cabaña, vivia el pobre vicario cargado de familia, y desempeñando al mismo tiempo las funciones de maestro de escuela: á alguna distancia se dejaba ver la casa blanca del procurador Quibble con su puerta obscura y su martillo de cobre, y en una especie de palomar construido de madera con una ventana colocada á una de sus extremidades, y por la cual se veía una gran cantidad de vasijas y botellas de todos colores, vivia, como Diógenes en su tenaja, el Dr. Croack, desempeñando á un mismo tiempo las funciones de médico, cirujano, boticario, comadron, dentista y mineralo-

gista. Excepto estas casas, y un castillo viejo que treinta años habia estaba sirviendo de habitacion á los mochuelos y lechuzas ínterin que dos familias se disputaban la propiedad, la pequeña iglesia de Penrry, y las miserables cabañas que la rodeaban tenian una semejanza tan monotona entre sí, que jamas pudieron merecer que fijase en ellas la vista ningun viajero. Sin embargo debemos exceptuar tambien la posada de Withe-Horse (*caballo blanco*), situada al extremo de la aldea: y bajo esta pintura tal era Penrry hace diez años, y tal es al presente, á pesar de algunas ligeras mudanzas que han producido poco efecto.

De este modo ni el clima ni la situacion de Penrry eran tan favorables á la salud del Coronel que le hubiesen decidido á establecerse allí: fue pues la causa, que habiendo resuelto huir

para siempre del gran mundo, pensó que ninguno excitaria menos la curiosidad de las gentes; de modo que no habia que temer la concurrencia.

"Reniego de todas esas gentes, solia decir el Coronel: yo deseo estar absolutamente solo, y verme libre de su presencia. Cuando las riquezas podian hacerme dichoso, era pobre: ahora, que ya he perdido el gusto, me veo rico: ¿qué puede hacer en el mundo un hombre que no tiene salud ni esperanza? Estas gentes me hicieron ir de la India á Bath; luego quisieron enviarme desde Bath al campo; pero hasta que consigan librarme de mí propio todos sus esfuerzos serán vanos."—"Querido amo, respondió John, á quien el Coronel dirigia estas melancólicas reflexiones, consultad al Doctor: ahora estais diez veces mejor que cuando nos embarcamos para Inglaterra, y el Doctor dice que....."

El Coronel se sonrió, y dijo: "¿qué auxilios puede suministrar el Doctor á un espíritu enfermo? ¿Qué poder borrará estos caractéres de un dolor profundo, impresos en mi cerebro de fuego? No, amigo mio, no te lisonjees con esa esperanza, y búscame un asilo donde yo pueda vivir segun mi capricho, y sin tratar á nadie. Todos los sitios me serán iguales, con tal que pueda vivir desconocido."—"Si señor, contestó John tomando una aptitud teatral: todos los lugares ocultos á la vista de los hombres, y solo presentes á la de Dios, son para el sabio un puerto seguro dónde se pone al abrigo de los golpes de la suerte."

El lector me permitirá enterarle de ciertos detalles de la vida de este honrado criado, cuya conducta y virtudes le deben interesar en el curso de esta historia.

John Brown era hijo de Josué y de Mary Brown, que se habian casado estableciendo la citada posada de Withe-Horse, en la cual una sola criada desempeñaba los oficios de cocinera, camarera, &c., y aun á veces, cuando John no estaba en casa, servia de mozo de caballos. Tal era el estado de la casa, cuando un cierto Domingo de Pentecostés llegaron á Penrry una compañía de cómicos, y alquilaron la cuadra de la posada, decorándola de tal modo, que al cabo de dos dias la convirtieron en un palacio magnífico, propio para recibir héroes y princesas. John se entusiasmó de modo con este espectáculo, que desde la primera representacion deseó vivamente alistarse en la compañía; lo cual no solo consiguió, sino que bien pronto se halló capaz de desempeñar los primeros papeles. Todo fue muy bien hasta que su padre y

madre conocieron cuánto le habian seducido los cómicos; pues entonces se hicieron de piedra para no escuchar las súplicas de la compañía; y aunque se habian fijado carteles ofreciendo una representacion á beneficio de la directora, en que haria el papel de Marco Antonio el jóven que habia obtenido tantos aplausos en el de Romeo; sin embargo, repito, de todo esto el viejo Josué se puso al frente de dos ó tres labradores, demolió las magníficas torres que aguarban á su hijo, arrojó en el patio las decoraciones, cerró la puerta, y se fue á presentar al juez de paz, resuelto á suplicarle que hiciese salir del pueblo aquella compañía de vagamundos; por lo cual, viendo ellos que ambos esposos estaban inflexibles en el punto de no dejar á su hijo que siguiera su carrera cómica, tomaron el partido de salirse prontamente de la aldea sin pagar el alqui-

ler de la cuadra, ni tampoco el gasto que habian hecho, y cuya cuenta subia á una buena cantidad; gracias á la mucha aficion que les habia tomado su nuevo compañero.

Como este era el secretario general de la casa tuvo cuidado de borrar con una esponja gran parte de la cuenta que vamos diciendo, y estaba escrita con lapiz en la pared de la cocina: de modo que cuando su padre volvió de casa del juez de paz ya no habia recuerdo alguno que le afligiese, y únicamente no se le pudo ocultar lo de los alquileres, cuyo deficit excitó algunas quejas por parte de Mary Brown, quien exclamó que aquello era un castigo visible del Cielo por haber dejado entrar en su casa aquella cuadrilla de vagamundos, que tenian la impiedad de jugar con los atahudes, hacer venir fantasmas, y cometer otros horrores seme-

jantes; pero por fin, añadió mas consolada, debemos olvidar esa pérdida por el gusto de vernos libres de esa canalla, y dar gracias á Dios de que nuestro hijo John ha logrado escaparse de los lazos que le preparaban, y en que irremisiblemente hubiera caido. Sin embargo, las piadosas esperanzas de Mary Brown quedaron engañadas, pues si John se habia quedado, al menos sus deseos y su corazon iban con los cómicos; de manera que aunque le hacian sus padres trabajar como antes en los negocios de la casa, él desempeñaba su parte con tédio é indolencia, pensando continuamente en una granja á diez millas de Penrry, donde sus amigos se habian detenido: y en efecto estaba bien resuelto á irlos á buscar apénas se acabase la siega, y no antes, porque el mucho amor que tenia á sus padres le hacia evitarles

la mala obra que se les seguiria si los abandonase antes de esta época.

Mientras que ésta llegaba era indispensable sostener con la práctica no interrumpida su pasion por la poesía ; y así todas las noches hacia resonar la cuadra con los versos armoniosos de los mejores poetas ingleses , y como entre todos daba la preferencia á Shakespeare , entregó al escribiente del escribano de la parroquia todo el fruto de sus ahorros , para que un dia que tuvo que ir á Londres le comprase la coleccion completa de las piezas de su autor favorito : cuando ya se vió poseedor de aquel tesoro las estudió con tal ardor, que despues de la siega aun estaba demasiado ocupado en esto para ir á buscar su compañía ambulante , pero propuso hacerlo apénas viniese la primavera siguiente.

La citada criada que desempeñaba

tantos papeles en la casa era tambien la confidenta de John, y la compañera de sus tareas poéticas. No sabia leer la tal Dorcas (que este era su nombre); pero en recompensa tenia buena memoria, y por lo menos repetia dos versos de cada pedazo de relacion que John la enseñaba, y eran precisamente los versos primero y último, pero dichos con toda maestría. Dorcas pues no dejaba de repetir puntualmente la contraseña, y John se entregaba toda la noche al placer de declamar sus papeles favoritos. Julieta escuchaba á Romeo apoyadas sus hermosas manos sobre la ventana del pajar: Otelo ahogaba á Desdemona bajo un monton de paja, y la interesante Orfelina era enviada al convento detrás de la puerta de la casa.

Durante el invierno fueron tan rápidos los progresos del héroe y la heroina, que el primero tenia ya toma-

das sus disposiciones para irse á reunir con la compañía. Estaba pronto el lio que contenia sus libros y vestidos; y Dorcas se habia prometido robar la ropa con que él se engalanaba las fiestas, y que estaba guardada en el armario de su madre. El entusiasmo de John estaba en su mayor altura: ya veía con toda certeza el premio de la gloriosa carrera que se proponia empezar; pero la instabilidad de los sucesos del mundo tan doctamente tratada por los filósofos, aunque jamas pintada con exactitud, nunca se vió mas claramente demostrada como en un paso muy sencillo que dió la dócil Dorcas. Una mañana se levantó de la cama no fuera de su juicio, sino reinando una perfecta armonía entre sus facultades físicas é intelectuales; y despues de haber concluido las haciendas de la casa con la prontitud y destreza que la eran

familiares, se fue buenamente seis millas de la aldea á buscar un juez de paz, en cuya presencia depuso bajo de juramento ciertas circunstancias por las que John estaba obligado á casarse con ella, ó pagarla veinte libras esterlinas, so pena de ser desterrado de la parroquia.

La severidad natural de los principios de John Brown, la sensibilidad de su corazon, y su amor á la verdad habian adquirido nuevas fuerzas con sus estudios, y exaltado en su alma el resentimiento de la injuria acrecentando el horror con que miraba todo lo que era opresion. Así pues el amor de la justicia le impedia admitir los honores de la paternidad con que Dorcas queria regalarle; y tambien el pagar una multa por una falta, que no habia cometido, le parecia una bajeza capaz de irritarle hasta lo sumo; y en

cuanto á la alternativa de salir desterrado de la parroquia ya la resolucion estaba tomada en este punto, y no se trataba sino de variar de camino, é irse á Londres en lugar de ir á buscar á sus amigos, que le aguardaban á cada instante. Así John echándose al hombro un palo, en el cual colgó un lio con dos camisas y la edicion de Shakespeare, no pudiendo llevarse su vestido nuevo por faltarle el auxilio de la pérfida Dorcas, dejó su patria sin despedirse ni de sus muchos parientes, ni de sus amigos: como era jóven, robusto y excelente andarin, llegó á Londres al amanecer del dia siguiente.

Entró en una posada, y habiendo puesto su lio en el rincon de la cocina, vió que un hombre muy cortés se acercó y trabó conversacion con él sobre la marcha. Este hombre le hizo un gran elogio de los dueños de aquella

posada, y aconsejó que se mantuviese en ella todo el tiempo que permaneciese en Londres, en lo cual condescendió, no teniendo ninguna objecion que hacer á cuanto decia el desconocido, y se dejó conducir con su saco á un cuarto que le dijeron era excelente, y donde halló una buena cama, en que se entregó tranquilamente al sueño, sin acordarse de lo pasado, ni pensar en los malos ó buenos sucesos de su nueva carrera.

Cuando volvió á presentarse en la sala general concluido su sueño, se volvió á reunir con él aquel que antes le habia hablado, y le causó la mas agradable sorpresa, declamando algunos versos, á los cuales John respondió con otros, despues de lo cual abrazó cordialmente á su nuevo amigo, felicitándose de haber encontrado una persona, cuya alma estaba tan al *unisonus* con

la suya. Comieron juntos, y despues de haber John pagado el gasto de ambos, leyeron en un cartel que se representaba la tragedia de Otelo, con que ambos se fueron al teatro. Concluida la representacion se dirigieron á una taberna, donde John hizo les sirviesen pan, queso, y algunos vasos de punch, y bebiendo y comiendo se abrió su corazon á la confianza en términos, que contó al pie de la letra toda su historia á su nuevo amigo. Éste llenó de imprecacion á la pérfida Dorcas; pero en el momento que con mayor energía declamaba contra su conducta, el pobre John cayó en un sueño tan profundo, que no despertó hasta el otro dia por la mañana. ¿Cuál seria su sorpresa cuando al abrir los ojos conoció que la sala en que se hallaba era movible, y vio el numeroso concurso que le acompañaba en ella? En vano el ex-

tremo de su consternacion le arrancó algunas lágrimas: su compasivo amigo no estaba allí para enjugarlas; y así continuó entregándose á la amargura de sus penas, hasta que pudo averiguar que habia tenido el honor de ser alistado en el servicio de la compañía de las Indias Orientales, y que en virtud de esto le habian puesto á bordo de un barco que se dirigia á aquel destino; bien es que reconociendo su bolsillo en lugar de encontrar en él la gratificacion del enganche observó que le habian quitado siete guineas, y algunas otras monedas, que se acordaba muy bien que tenia en él la víspera al salir del teatro.

Entonces recordó con dolor las dulces épocas de su vida pasada: suspiró trayendo á la memoria la casa de sus padres y su querida aldea de Penrry: maldijo á la perjura Dorcas, así como

tambien á aquel su nuevo amigo; pues una y otro eran la causa de que se hallase en aquella situacion: pero lo que sobre todo le arrancó lágrimas copiosísimas fue la perdida de toda la edicion de su amado Shakespeare, que inhumanamente le habian robado con lo demas que sacó de su casa.

Sin embargo, su buen modo y la docilidad de su carácter, que manifestaba en su fisonomía, le facilitaron el permiso de pasearse sobre cubierta, entonces volviendo la vista hácia el espacio que el barco habia recorrido: lloró con amargura viendo la distancia inmensa en que se hallaba de su país natal. Entretanto el barco, despues de haber pasado las islas de la Madera y Santa Elena, comenzaba á deslizarse suavemente sobre la tranquila superficie del mar pacífico, parage el mas delicioso de todo el viaje de la India

Oriental. Mas John era, como hemos dicho, demasiado entusiasta para reconciliarse con la opresion, de modo que insensible á todas las perspectivas graciosas que ofrece aquel mar, no se acordaba de otra cosa que del engaño con que le habian sacado de Londres, y lloraba sin cesar acordándose de la casa de su padre. Por fortuna tuvo ocasion de distraerse observando un jóven muy gallardo, pero tambien muy enfermizo, que tarde y mañana se paseaba apoyado en el brazo del cirujano y de su ayudante. La palidez de su semblante, sus profundos suspiros, y la postura de su cabeza, siempre inclinada al suelo con muestras del mayor abatimiento, indicaba una afliccion mucho mas efectiva que la que podia nacer de haberse ausentado de Penrry, hallarse alistado en el servicio de la compañía de las Indias, y aun haber

perdido toda una edicion de las obras de Shakespeare.

Este jóven caballero, que vamos diciendo, era individuo de una de las mas ilustres familias de Escocia, y como pasaba á las Indias con un grado militar bastante distinguido, tenia un derecho incontestable, del que se valió para tomar en su servicio á John, á quien todos en el barco llamaban el camarada lloron en virtud de la tristeza que le dominaba. Nuestro aldeano admitió su nuevo empleo con mas gusto que el de soldado de la compañía, y se dedicó de tal modo á agradar á su nuevo amo, que bien pronto éste le distinguió honrándole con toda su confianza.

Al cabo de un viaje corto y feliz llegaron á Bengala, y se internaron en el país. Las maletas del Capitan Buhanum (amo de John) iban llenas de cartas de recomendacion; pero en



lugar de valerse de ellas las arrrojó todas al fuego, dando muestras de hombre desesperado. En efecto, la vida era para él una carga tan insoportable, que siempre se le veía presentarse el primero en todos los peligros de la guerra, no habiendo soldado ni mas activo, ni mas intrepido; de modo que el portarse como héroe, y el haber fallecido muchos de sus compañeros de armas le proporciono ascender en poco tiempo al grado de Coronel.

El influjo de los escoceses á las tropas inglesas era tan decidido entonces como ahora; pero el Coronel Buhanum se desdeño no solo de aprovecharse de la recomendacion de sus compatriotas, sino que tambien despreció la amistad de aquellos que conocian su familia; y lo que es mas extraño manifesto aborrecer á Escocia en términos de huir el trato con los escoceses, mirándolos



con una antipatía cuasi invencible.

Al paso que el Coronel sin solicitarlo iba adelantando en grados, reputacion y bienes, su criado, ó por mejor decir su amigo John (así se complacia en llamarle muchas veces) hacia rápidos progresos en su favor y confianza, y para colmo de su felicidad el Coronel le regaló una edicion de Shakespeare que compró en Calcuta.

El teatro de esta ciudad, establecido bajo un sistema de beneficencia, se componia de caballeros, que representaban para ceder el producto de las entradas á los menesterosos: el Capitan V.... era el primer galan de la compañía; pero desgraciadamente habia recibido un golpe que le habia estropeado una mano, y esto le perjudicaba mucho para tomar la imponente aptitud de un héroe; mas á pesar de este defecto John lloró muchas veces

asistiendo á las representaciones en que hacia el principal papel, y tan hábil le pareció, que llegó á figurarse que dicho Capitan era el verdadero personage designado por el mismo Shakespeare. Así fue que procuró tomarle por modelo, y llego á copiarle hasta en la dureza de su gesto; y mientras que el tal Capitan excitaba en el teatro de Calcuta la admiracion de todos los espectadores, John representaba los mismos papeles en el campo, é igualmente obtenia los aplausos de todos sus camaradas. Sin embargo, no se ha de creer que el Shakespeare era el único estudio de John: se dedicó á conocer el carácter de su amo, y fue su fiel compañero durante la época de las enfermedades que padeció mas bien por su melancolía que por el influjo del clima: viendo todos los oficiales que servian con el Coronel, y admiraban tan-

to su valor como sus virtudes, que eran inútiles todos los remedios que se le habian suministrado, le aconsejaron que regresase á Europa; pero él se negó absolutamente á complacerlos, diciendo con indignacion que jamas se ocuparia en cuidar de una existencia que le era tan pesada: únicamente las lágrimas y el doloroso silencio de su fiel criado conmovieron su corazon sensible, y le decidieron á emplear el único medio que le quedaba para librarse de una muerte próxima.

Con efecto, despues de nueve años de servicio en la India obtuvo el Coronel permiso para regresar á Europa á restablecer su salud; y habiendo emprendido el viaje, llegó á Portsmouth en un estado tan deplorable, que se creyó no llegaria vivo á Bath. Sin embargo, la virtud de las aguas de Bladad le proporcionaron tal alivio, que

al cabo de seis meses los médicos tuvieron el desinterés y buena fé de aconsejarle saliese de Bath, y fuese á pasar en el campo la canícula inmediata, con cuyo motivo el dió á John la órden de que le buscase un pueblecillo agradable, pero bajo la expresa condicion de que estuviese separado de todo trato.

John se acordaba perfectamente de que la aldea de Penrry, tal como la habia dejado, no merecia la atencion de las gentes que su amo llamaba de gran tono, porque entonces el edificio, que despues tomó el nombre de quinta de Mushroom no era mas que las ruinas de un casaron de señorío, que habiendo sido el objeto de largos pleitos, vino por fin á venderse por justicia para pagar las costas, comprándole Sir Salomon. Tambien ignoraba John que el Doctor Croack habia dejado la mezqui-

na habitacion para vivir en una casa muy bella y con hermosos jardines, situada al extremo de la aldea, y que la casa del Procurador Quibble tenia una hermosa puerta de madera de acajou (anacardo) con un aldabon muy bien trabajado. La casa única que se le vino á la memoria como digna de merecer la atencion de su buena compañía era la casa del Rector; pues el que últimamente habia tenido aquel destino quiso adornarla, y en efecto consiguió reunir en ella un conjunto de cosas las mas caprichosas que pueden imaginarse. En el jardin, ya por sí mismo muy pequeño, puso un estandarte rodeado de sauces, un laberinto con estátuas de todas clases, un gabinete para tomar té sobre la copa de una gruesa encina, y una pagoda formada con ramas de árboles. La construccion de objetos tan inconnexos ha-

bia consumido veinte años de la vida de un teólogo, y era el tipo de la admiracion estúpida de todo el país: de manera que John los conservaba grabados profundamente en su memoria, así como tambien los varios puntos del pueblo, que frecuentaba con sus primeros amigos y compañeros de sus diversiones; pero todavia se pintaban con mas viveza en su imaginacion la posada de Withe-Horse, y todas sus dependencias, aunque ya no esperaba encontrar allí á su padre ni á su madre, cuyas muertes habia sabido en la India.

"¡Ah, dijo John al Coronel despues de algunos minutos de reflexion, en el condado de Surrey hay una aldea... si mi amo quisiese verla... solamente temo..."—"Y bien, ¿qué temes?"—"Que no hay allí una casa digna de serviros de alojamiento."—"¿Como? ¿has olvidado cuántas noches hemos pasado sin tener ni una

cabaña para ponernos á cubierto?"— "¡Ah! respondió John, y yo espero que volverá á sucedernos luego que recobreis la salud, porque como dijo aquel poeta:

Cuando la paz hermosa
Vuelve á reinar en la afligida tierra,
Y con flexibles palmas
Cubre la paz serena
Del hombre virtuoso y aguerrido,
Entonces sin recelo
Puede entregarse á la tranquila vida;
Mas si otra vez resuena por los campos
La trompeta de Marte,
Despierta su valor, y al campo parte."

El Coronel se sonrió, y le preguntó dónde estaba la aldea que decia, á lo cual respondió que era el pueblo donde habia nacido; cuya respuesta dio al Coronel la idea de un país recomendado por el entusiasmo que produce la memoria de la pátria, y mandó que

su coche estuviese pronto para emprender el viaje á las nueve de la mañana siguiente.

Se verificó la partida, y John no podia contener la alegría durante el viaje; pero al acercarse á la aldea fue cuando su corazon sensible y honrado experimentó un sin número de sensaciones deliciosas, que el Coronel observó con aquel placer que tiene el corazon de un hombre de bien cuando participa de la alegría de su projimo. John no descubria tapia, árbol ó cabaña que no le acordase alguna escena de su infancia, y sus ojos llenos de dulces lágrimas se paseaban lentamente sobre los queridos objetos que llamaban su atencion.

Allí jugaba á la barra con sus compañeros.... allá sobre aquella colina se le escapo una vez su volante, de modo que jamas pudo volverle á encon-

trar.... en aquella cabaña vivia su abuela materna.... en la otra su tia.... por aquel caminito estrecho iba á la escuela.... allí, bajo la ventana de la iglesia, estaban enterrados sus tres hermanos y su hermana Ana.... y aquí.... "¡aquí, añadió suspirando, aquí me atrevo á asegurar que descansan en paz mi respetable padre y mi pobre madre!" Todo esto escuchaba el Coronel sin interrumpirle; pero la agitacion del pobre John llegó á su último grado cuando se paró el coche á la puerta de la posada: de modo que el Coronel bajó solo, y se entregó sin testigos ni reserva á las melancolicas reflexiones que le agitaban, y que no llevaban aquel colorido delicioso que dulcificaba el dolor de su criado.

"¡Pobre muchacho! exclamó paseándose, ninguna reflexion amarga viene á cerrar su corazon al placer de verse

en su tierra. Todavia existen para él la alegría y la felicidad, y no va corriendo las sendas de la vida con las lágrimas que arranca la desesperacion." Dicho esto levantó el Coronel los ojos al cielo, lanzó un profundo suspiro, procuró apartar de su imaginacion los terribles recuerdos que le atormentaban, y dando una ojeada alderredor de sí vió una casa muy bella, en cuya puerta estaba puesto un cartel que decia: *esta casa se alquila con todos sus muebles.*

Dos ideas le ocurrieron inmediatamente. La primera y principal fue acordarse de que lo único que John habia temido era el que no se hallase habitacion acomodada; y así contempló cuánto seria su placer viendo ya superada esta dificultad, y afianzada por algun tiempo su residencia en aquel país querido: y la segunda idea fue la de vivir tan separado del mundo como

deseaba, pues la casa estaba precisamente en uno de los ángulos del camino, y fuera de la poblacion.

Concluidas estas reflexiones llamó á la puerta, le abrieron, y supo que la casa pertenecia á Mistress Feversham, que acababa de enviudar, y que noticiosa de que los asuntos de su herencia se hallaban algo embrollados, habia marchado á Bath con el fin de consultar á varios amigos, y que para sacar algun partido de la casa durante la ausencia quiso que se alquilase con todos sus muebles; pero que nadie se habia presentado á solicitarla.

El Coronel supo todos estos pormenores de boca de Betty Clark, muger de confianza de la viuda, que se los contó con admirable viveza apénas supo que era soltero, deseando introducirse con él en términos que la admitiese á su servicio, como tambien á los

demas criados, es decir la cocinera y el jardinero. Igualmente se alegró la tal Betty, é infirió un pronóstico favorable viendo el modo con que el Coronel la puso media guinea en la mano; pues segun ella despues aseguró, nunca habia visto un modo mas fino de dar una gratificacion.

Antes de que John hubiese podido deshacerse de la compañía de algunos aldeanos que le conocieron, y antes de que hubiese ido á reunirse con su amo, despues de dejar dadas sus órdenes para la comida, ya estaba concluido el trato del alquiler de la casa, y pagado un mes adelantado: de modo que Betty tuvo otra sorpresa no menos agradable viendo á su nuevo compañero, pues efectivamente John era un buen mozo, aunque no estaba como suele decirse en la flor de su edad.

La alegría que éste tuvo al ver á su

amo ya establecido en tan buena casa disipó todos los recelos que hasta entonces le habian atormentado, y hallándose seguro de permanecer por algun tiempo en morada tan agradable, se ocupó en arreglar las cosas domésticas con tal celo y puntualidad que mereció los elogios de Mistress Betty. Inmediatamente fue á buscar el equipage de su amo, sacó los vestidos, y lo arregló todo diciendo: que la casa era muy bonita, que parecia haberse hecho expresamente para el genio del Coronel: recordó que la habian construido en un arenal donde varias veces habia jugado siendo niño; y por último fue á buscar la comida, durante la cual no cesó de hablar, ponderando la salubridad del ayre que allí se respiraba, la excelente cualidad de sus aguas, las buenas provisiones que podian proporcionarse; y añadió con en.

tusiasmo que Penrry era la mas bonita aldea del mundo conocido. Sin embargo, añadió, habia allí una cierta cosa que al mismo tiempo que podia servir para adornar otras poblaciones semejantes, le parecia que sería algo perjudicial para el riguroso incógnito que buscaba su amo; es decir, que allí habia algunas bonitas casas, en cuyo número contó la graciosa habitacion del Doctor Croak, hombre que cuando John salió de su tierra quedaba pobre y lleno de deudas; pero que despues habia llegado á adquirir un gran terreno, sobre el cual acababa de construir una casa, comprando ademas un buen coche, sin que nadie pudiese conjeturar el como, ni por donde habia hecho tan brillante fortuna.

Todas estas novedades que John no creia encontrar en su patria le causaron alguna inquietud; pero sin embargo,

como los propietarios de estas nuevas posesiones eran demasiado orgullosos para tratarse con los demas vecinos de la aldea; como el caballero Sir Salomon era miembro del parlamento, y el Doctor habia tomado un pasante que hacia sus veces, se les encontraba muy poco en las calles, y John confió que su amo podria vivir allí tan solo y tan retirado como si en la parroquia no viviese ningun otro caballero.

Mas John fue un necio en molestarse con semejantes observaciones, pues el Coronel Buhanum, aunque en ninguna parte podia ser dichoso, tenia un ardiente deseo de contribuir á la felicidad de cuantos le rodeaban; y asi el buen criado tuvo el gusto de saber de allí á pocos dias que su querido amo estaba sumamente satisfecho de la eleccion que habia tenido al señalar aquella aldeà como punto donde fijar su residen-

cia. Tal era el carácter del Coronel, sobre cuyos bienes, segun decia Sir Salomon, habian formado un impuesto los tunantes y vagamundos de la parroquia.

Desde su primer viage á la India, donde habia vivido en las regiones mas ardientes, y enmedio de los campos, hasta su regreso á Europa, no habia usado de aquellas prudentes precauciones que acostumbraban sus compañeros de armas bajo la zona tórrida, cuya negligencia por poco no le condujo varias veces al sepulcro; bien que él no lo hubiera sentido, pues este era el único asilo por quien suspiraba. Despues de las fiebres inflamatorias y malignas que le habian molestado, padeció otras dos conocidas con los nombres de *coup de solal* *, y la *janisse noire* **, dos enfermedades terribles de que apénas salva la vi-

(*) Golpe de sol.
(**) Tiricia negra.

da uno entre mil enfermos, y ellas le perpetuaron en el rostro un color cetrino, que empezó á manifestársele cuando su primera fiebre biliosa. El color, ó por mejor decir los colores de su cutis, eran como un mapa, que manifestaban todos los síntomas de la bilis acre y abrasadora que circulaba con su sangre, y que le obligó por fin á volver á Europa. Su rostro y sus manos estaban tan ennegrecidos, que los habitantes de Penrry juzgaron que era una especie de negro, y se confirmaron en esta opinion, viendo lo poco que asistia á la iglesia; pues en efecto una vez que fue, sabiendo que iban á cantar una antífona acompañada con una flauta, un clarinete y un bajo, se resintieron tanto sus oidos de la algaravia y descompasadas voces de músicos é instrumentos, que salió como un loco sin concluirse el oficio.

Por esta accion, no obstante la cual era juzgado por un hombre de excelente carácter, se creyó que fuese algun salvaje á medio civilizar, y le llamaban el Coronel negro.

John como primer limosnero de su amo no podia dejar de renovar sus antiguas amistades, y hacer contraer otras nuevas. Su caridad se extendió hasta la pérfida Dorcas. Esta protextó que la acusacion que habia hecho en presencia del juez de paz habia sido una calumnia sugerida por el diablo, y que estaba muy arrepentida de haber intentado manchar la probidad de su señorito; pero Tomas Wilson, su marido, no pensaba en esto, y recibia cada semana la limosna que el Coronel le habia señalado por recomendacion del ofendido. Tambien John se encontró rodeado de primos y parientes, de que jamás habia oido hablar antes de su

viage: los hombres le apretaban la mano siempre que le encontraban, y las mugeres no cesaban de convidarle á tomar té, y jugar al wisk.

Poquísimo tiempo tardó en esparcirse por aquellas inmediaciones la fama de dos hombres tan singulares como el Coronel Buhanum y su criado. Sir Salomon miró desde luego con el mayor desprecio á un hombre que conocia tan poco el valor del dinero, que le daba á los pobres; pero sin embargo no podia oir sin enojarse las bendiciones que daban al Coronel todos los aldeanos, ni tampoco estaba en su mano ocultar su indignacion al ver que un criado de librea tuviese la audacia de hacerse respetable, sugiriendo á los habitantes de Penrry la idea de que un lacayo sensible y caritativo valia mas que un insensible Lord, un miembro del parlamento, y lo que es mas un se-

*ñor de la gran quinta de Penrry.*

Mientras que Sir Salomon adoptaba un plan, que segun su opinion era el mas sabio, no dejaba de acechar al Coronel en todos los paseos que daba mañana y tarde, con la esperanza de hacerle perder aquella costumbre de dar limosna, que tanto le molestaba; pues no podia ver con indiferencia las comparaciones odiosas que hacian reprensible su conducta, al paso que ensalzaban la del otro. Sin embargo, la misma voz publica que habia llevado á los oidos del sabio Sir Salomon las *locuras* del Coronel, habia tambien divulgado ciertas particularidades de la conducta del señor de Penrry, por cuyas noticias el Coronel no tenia grandes deseos de corresponder á las infinitas cortesías con que él procuraba introducirse en su casa.

## CAPÍTULO III.

Mis lectores se acordarán que al concluir el capítulo primero quedó el Coronel sorprendido é irritado viendo entrar en su gabinete á John seguido de la niña; y asi tomando el hilo desde aquella escena diré, que apénas vió delante de sí aquellas dos figuras, cuando volviéndose á John dijo: "¿qué diablos traes aquí? ¿será posible que no he de verme libre de esta importuna criatura?"

—"Señor, si quereis escucharme, respondió John, os contaré puntualmente el motivo. Rosa Wilkins, madre de esta infeliz criatura... no llores, pobrecita: ¿ves como no está enfadado contigo, pues no tienes la culpa de lo que ha sucedido? Rosa Wilkins, repito, envia todos los dias la niña para que aguarde el momento en que sa-

lis á paseo, y os pida limosná; pero ahora se ha descubierto que tenia otro desiguio; pues ayer habiendo recibido una carta por el correo, fue á casa del Docter Croak para pagar el porte; ¿ Y qué hizo la infame bruja? envio á esta pobre niña, segun su costumbre, á pedir limosna, y se aprovechó de su ausencia para tomar un asiento en el faeton que va á Londres: de modo que se ha escapado sin decir nada á nadie, no dejando otra noticia que un pedazo de papel que puso sobre la mesa de una pobre muger, que por caridad la permitio que pasase la noche en el pajar de su casa."

— "Cargue el diablo con esa muger, el pajar y la carta, exclamó el Coronel: si esa muger miserable aventurera ha abandonado su hija, ¿ qué diablos tengo yo que ver en ello, para que vengais á molestarme con su historia?"

Aun estaba pronunciando estas últimas palabras cuando se presentó en el gabinete con un ayre de triunfo Sir Salomon acompañado de la plana mayor de la aldea; es decir, alguacil, escribano, procurador y una porcion de aldeanos que formaban la retaguardia, y los habian seguido llamados de la novedad de la visita.

"¡Ah, ah! dijo Sir Salomon, ya habia yo previsto esta escena, y estaba bien cierto de que tarde ó temprano os veriais obligado á arrepentiros de vuestra caridad sin límites. Vaya pues, ¿con que esa tunanta ha desaparecido dejándoos la niña como una prueba de su gratitud? Yo conozco que estais sumamente enojado, y no lo extraño; pero sin embargo, si quereis fiaros de mí, yo cuidaré de que sea el último impuesto que se ponga sobre vuestra generosidad: sabed que sois

demasiado crédulo; pero semejantes picardias no se tolerarán en tanto que yo tenga algun poder en la aldea. He adivinado el complot, y he venido á daros auxilio apénas llegó á mi noticia lo que pasaba. ¡Olá! alguacil..."

El alguacil se adelantó teniendo en la mano su sombrero galoneado, y John observando el ayre de importancia y gravedad que afectaba, no pudo dejar de exclamar: "¡oh hombre, hombre orgulloso! ¡con qué prontitud aprovechas la ocasion de desplegar la pequeña autoridad que gozas!"

Sir Salomon despues de haber reflexionado un poco, dijo con un tono grave: "Conducid esa niña á la casa de correccion, y despues.... (no olvideis esto) haced que trabaje, pues debemos, como dice el proverbio, arrancar la mala yerba para que no perjudique al grano."

El alguacil, que con su semblante torbo, su sombrero de galon y su largo sayo habia sido un ministro de terror para la madre, fue conocido al instante de la niña, y asi cuando se acercó á cogerla ella corrió á refugiarse del Coronel agarrándole las rodillas con sus manos sucias, y gritando: "no, no: yo no quiero ir con vos... yo quiero quedarme con el negro, hasta que mamá vuelva á casa. Señor, yo os suplico, añadió mirando al Coronel, yo os suplico que dejeis á la pobre Rosa en vuestra casa: yo seré buena, sí señor, dejadme aquí: aquí quiero quedarme."

— "¡Olá, aquí quieres quedarte tunantuela!" grito Sir Salomon, levantando su baston para darla un palo.

La niña incapaz de sufrir una escena tan terrible, se retiró con precipitacion para ocultarse detrás del

Coronel, y dando contra una silla se le renovaron las llagas de su cara, volviendo á salir la sangre con tal fuerza y tal abundancia que manchó los calzones del Coronel.

Muchos aldeanos habian seguido á la comparsa preguntándose con sorpresa el motivo; pero como el alto y poderoso señor Sir Salomon se habia declarado contra la niña, ninguno se atrevió á hablar en su defensa.

El ascendiente irresistible que arrastraba al Coronel hácia la beneficencia, estaba acompañado de aquel porte noble y agradable que solo puede dar el trato del gran mundo; pero algunos reveses de fortuna, que habia experimentado en la primera epoca de su vida, habian agriado de tal modo su carácter, que á veces se irritaba hasta el punto de ponerse como un delirante. Nadie sabia sufrir peor que él una conducta demasiado fa-

miliar, ni tolerar menos una afrenta; así considerando como una impertinencia decidida los consejos de Sir Salomon, y su visita como un insulto, reflexionando que nada podia servir de disculpa á semejante paso, á no ser dos motivos que él miraba con el mayor desprecio, es decir, la riqueza y el poder, se indignó sobre manera en aquella ocasion, creciendo la ira cuando volvió la vista hácia la estúpida comparsa que le rodeaba, y descubrió muchos sugetos que habian recibido de su mano limosnas mas considerables que la pobre niña, que seguia ocultando su rostro entre sus piernas, sin tener tantos derechos como ella á la beneficencia por la absoluta miseria en que estaba sumergida. Ni la menor señal de compasion se advirtio en aquellos rostros, ni una lágrima siquiera ofrecieron á la desgracia aquellos ojos, donde solo se leia la curiosidad: visto lo cual por el

Coronel, lanzó una mirada de desprecio y disgusto sobre aquel insensible auditorio, y levantándose con dignidad preguntó con qué derecho se habian tomado la libertad de entrar así en su casa.

Los ojos de Sir Salomon bastante abultados ya por sí mismos crecieron mas todavía al oir semejante pregunta: el alguacil se retiro detrás del escribano, y toda la comitiva se puso en movimiento.

Sir Salomon, que por su impertinente oficiosidad habia recibido una mortificacion semejante, tan pública como particular, paró de pronto, y quiso sonreirse un poco, á fin de que su sonrisa fuese como el preludio de la respuesta, cuando el Coronel mandó á John hiciese despejar la casa. Esta orden debia ser inútil, porque nadie se disponia á contradecirlo, ni aun el mismo Sir Salomon, que siendo (como solia decir) el hombre mas pacífico del mun-

do, no juzgó oportuno hacer ninguna objecion contra un precepto tan absoluto; pero al bajar la escalera aseguró à los que le acompañaban que sin duda áninguna el Coronel estaba loco.

Libre la casa de tan importuna visita, y quedándose el Coronel solo con la niña y su criado, mandó á aquella que levantase su cabeza, y que no volviese á aturdirle con gritos ni llantos. Obedecio puntualmente la pobrecilla; pero cuando presentó su rostro desfigurado por la sangre y las lágrimas que corrian de sus mejillas, se vio el Coronel en la precision de acudir á sus polvos cefálicos, y tiró con violencia del cordon de la campanilla; visto lo cual por el criado, se presentó á servirle, lo que rehusó el Coronel con cierto aire de severidad.

Betty (ó por mejor decir Mistress Betty, para hablar con el decoro debido

de la ama de llaves de un celibato) salió de detras de la puerta, desde donde oyó cuanto habia pasado, y se presentó á ver lo que la mandaba su amo, el cual dijo: "llevad esa niña al portal, metedla en un cubo de agua, y teniendo cuidado de no hacerla daño, lavadla el rostro que tiene cubierto de sangre."

—"¿Como? respondio Betty: ¡yo he de lavar esa niña tan asquerosa....! yo limpiar esa cabeza tan puerca.... yo¡ En verdad, señor, que os suplico no me mandeis hacer tal cosa." — "En hora buena, replicó el Coronel: disponed que otro lo haga; pero como Betty habia ya ganado el primer punto, creyó que no debia detenerse hasta ganarlo todo; y continuó diciendo que miraba con el mayor respeto las ordenes de su amo, que daria su vida por complacerle; pero que si trataba que se quedase en casa una niña tan sucia, y creia que sus cria-

dos mancharian sus manos en limpiarla el lodo, no se disgustase si le hacia presente que ella no podia resolverse á hacerlo, ni tampoco á mandarlo hacer á la cocinera.

"Lleve el diablo vuestra maldita delicadeza," dijo el Coronel ya furioso, y añadió: "yo quiero ser obedecido: haced lo que os mando, ó salid al momento de mi casa."

Mistress Betty estaba acostumbrada á decir cuanto la parecia oportuno, aunque algunas veces no eran mas que impertinencias; pero sin embargo no la faltaba talento para conocer que por entonces habia andado demasiado atrevida. No se ha de negar que la tarea de limpiar el mucho lodo y sangre que cubria el rostro de la niña, tenia muy poco de agradable; pero por otro lado el perder una casa donde no habia señora, donde las cuentas se pagaban casi sin exámen,

y donde habia un criado no mal parecido, y que se creía no estaba sin haber juntado un fondo considerable, en atencion á los años que servia á un amo tan generoso, y que tanto le estimaba; todo esto formaba un gran contraste que oponer á los argumentos del melindre: así en lugar de insistir sobre el segundo punto, Mistress Betty juzgó que lo mas prudente seria atenerse á lo primero: sacó su pañuelo, se lo arrimó á los ojos como aparentando que lloraba, pidió perdon, juró que le era imposible desobedecer á tan buen amo, y cogiendo de la mano á la niña bajó á ejecutar las órdenes que habia recibido.

John miró con mucha expresion á su amo, abanzó hácia él dos pasos, y despues retrocediendo otra vez, dijo: "bien sabia yo que mi amo, que ha salvado de las garras de la muerte tantos indios, no dejaria perecer á una pobre niña en un

pais cristiano." El Coronel le contestó con un movimiento de cabeza, y John bajó para ayudar á llevar el cubo. "Paréceme, dijo mirando como bañaban á Rosa, que esta niña jamás ha sabido lo que es agua fria: vedla cómo tirita: será porque tiene frio....." — Sí, demasiado frio, respondió Betty; pero yo creo que debia estar familiarizada con todos los rigores del frio y del calor." — "Echad en esa agua un poco de licor espirituoso, dijo Peggy, y esto será mas oportuno que charlar inútilmente."

John tomó este consejo, y derramó una botella de ron en la cuba donde se verificaba el lavatorio, mientras lo cual Betty, que no hacia otra cosa que hallarse presente, dijo: "mi amo me ha mandado que vuelva á presentarle la niña apenas se la lave; pero yo creo que si se la visten otra vez sus andrajos quedará tan puerca como si jamás hubiese

visto al agua; con que mejor seria pedir prestada alguna ropa que ponerla."— "Así es, dijo Peggy, frotando con una brocha los brazos de la niña: el amo no reparará en bagatelas, con que no hay que hacer sino ir en casa de Mistress Jones, pues como acaba de morir su hija, que precisamente era de la misma talla que ésta, es preciso que tenga algunas ropas que la sirvan."

Antes que Peggy acabase de manifestar su opinion, ya John estaba en la tienda de Mistress Jones pidiendo la ropa de su difunta hija, y no tardó en volver con un vestido tan adecuado á Rosa, como si expresamente se hubiera cortado para ella.

"Seguramente, dijo Betty, que la criaturita merece el trabajo de limpiarla: mirad qué blanca es...." — "y qué ojos tan negros y tan hermosos," añadió John. — "Sus cabellos son tambien

muy hermosos," dijo el jardinero, que era uno de los expectadores. — "¡Ay, ay, ay! exclamó Peggy: he aquí una señal para buscarla si se pierde." — "Esa es una costra de basura," respondió Betty: frotadla con un estropajo." — "¡Con un estropajo! dijo John mirando á la pobre niña: ¿quereis arañar el pellejo de esta tierna criatura? ¿ó juzga Mistress Betty que no tendrá el cutis tan delicado como el suyo?" Betty se sonrojó oyendo esto, y alargó una tohalla á Peggy, la que viendo cuan sin efecto era frotar aquel parage, sostuvo que era una mancha indeleble: "no es sino una flor", respondió John. Pero Betty queriendo poner fin á la disputa, dijo: "¿qué entendeis de manchas ni de flores? Despachémonos á vestirla de limpio, para que pueda llevarla al gabinete del amo."

La salud del Coronel, segun queda

dicho, era muy débil, y aunque se habia mejorado sensiblemente desde su regreso á Europa, con todo la bilis acre que le habia puesto dos dedos del supulcro, continuaba siempre atormentándole, y producia una irritabilidad que acrecentaba sus males: solia padecer frecuentes jaquecas, y le era imposible sufrir ni desazones ni fatiga. La agitacion de su espíritu y las desagradables escenas que estuvo presenciando toda la mañana, hicieron tal impresion en su físico, que cuando John entró al gabinete para informarle de la feliz transformacion que el jabon y el agua habian causado en la figura de la niña, quedó tan afligido de la situacion en que halló á su amo, que se olvidó de todo para no pensar sino en su alivio.

Tres dias se mantuvo en cama, durante los cuales ninguna muger entró en su alcoba, ni vió sino á John, que aun

apenas se atrevió á hablarle.

La mañana del cuarto dia se halló en disposicion de dar un paseo por la casa, y se le presentó la niña, que durante aquel intervalo se habia grangeado el cariño de toda la familia.

Nada es tan saludable para los niños como la limpieza y el buen método en las comidas: así fue que jamás se vió una mudanza mas repentina que la que produjeron en Rosa las ropas limpias, el buen alimento y los continuos cuidado de las criadas. Es cierto que aun conservaba su palidez y su debilidad; pero se descubria una delicadeza en sus facciones, una sensibilidad llena de expresion en su fisonomía, un sonido tan bello en el eco de su voz; y finalmente como si el cielo hubiese impreso en su corazon la idea del estado precario en que se hallaba, así es que un deseo de agradar y complacer á todos anima-

ba sus infantiles acciones.

El Coronel se sorprendió, mudó de color, y su emocion fué tan fuerte, que apenas pudo decir: "¿quién diablos es esta niña?" — "Es Rosa, señor, respondio Mistress Betty, es la niña mendiga que habeis arrancado de mano de la miseria." — "Eso no puede ser...... es imposible," exclamó el Coronel, y un temblor general se advirtió en todos sus miembros. — "Es verdad, señor, que es la misma, replicó Betty, nosotros hemos ejecutado vuestras órdenes, y arrojado los andrajos que la cubrian.

Rosa oyendo esto se tapó el rostro con su delantal, y se aseguró del brazo de Betty. "No llores niña, dijo John; pues ¿qué te olvidas de dar gracias al amo por el bonito vestido que te ha dado?"

Rosa se sonrió al traves de sus lagrimas, desplegó su vestido, dejando ver

las flores que tenia, acarició al perro, se arrojó al cuello de John, llamó á las criadas sus *buenas mamás*, y en pocas horas llegó á ser despues de John y el perro de caza la mayor favorita del Coronel. Cuando éste salia á pasearse, ella le aguardaba para presentarle sus chinelas: si tenia la jaqueca, trepaba sobre la silla para alcanzar los polvos cefálicos: si queria descansar, entonces enmudecia: si la mandaba que le divirtiese, era incansable su lengüecilla: si se irritaba, ella le tranquilizaba: si estaba triste, le divertia; y en fin llegó á ser sumamente necesaria para su existencia.

Algunos dias despues que tomaron un giro tan favorable los negocios de nuestra mendiga, encontró John el pedazo de papel que su madre habia dejado cuando se marchó del pueblo. El Coronel se sorprendió viendo que aquel pa-

pel indicaba ciertas relaciones con el Doctor Croak, é infiriendo que era necesario que le viese, le escribió inmediatamente un billete, suplicándole que viniese á su casa.

Es de advertir que el tal Doctor habia estado dos veces á visitar al Coronel durante su última indisposicion; pero John, que no pensaba muy altamente de su ciencia, y advertia la repugnancia de su amo á contraer nuevas amistades, se contentó con recibirle cortesmente, y despedirle con mil cumplimientos, pero sin dar parte á su amo.

Cuando el Doctor recibió el billete se hallaba en su elemento natural, es decir, trabajando en su jardinito botánico; y como el convite le lisonjeó tanto, respondio que dentro de media hora estaria sin falta en casa del Coronel.

Hallábase este jugando al chaquete con su criado, Rosa sentada á sus pies

vistiendo su muñeca, y Mistress Betty componia las cortinas de las ventanas, cuando se oyó sonar el coche del Doctor Croak, á cuyo lado venia sentada aquella muger gruesa, de que ya se acordará el lector, y á la ventanilla venia una niña como de diez años, cuyos sonrosados labios entreabiertos por la risa de la inocencia dejaban ver dos filas de hermosísimos dientes, y al mismo tiempo los bucles de sus cabellos que caían sobre su frente la hacian parecer á Hebe cuando estaba sirviendo la ambrosía en la mesa de los inmortales.

"¡Qué veo! exclamó Betty: ¿no es el coche del Doctor el que ha parado en casa? Por cierto que esto es como un plato de estofado para sobre mesa; quiero decir, cuando ya mi amo no está enfermo, el Doctor viene á visitarle...... pero ¡ola! tambien viene Mistress Bawsky y la niña." — "¿Es la muger del

Doctor?" preguntó el Coronel acercándose á la ventana; á lo que respondió Betty con un gesto negativo. —"¿Es su hermana?" — "No, señor," dijo Betty. — "¿Pues qué diablos es esa muger?" Betty guardó silencio. El Coronel, que era incapaz de insistir en declaraciones que pudiesen causar rubor á una muger honrada, volvió á ocupar su taburete, disponiéndose á recibir la visita del Doctor; pero sin embargo al tiempo de sentarse no pudo menos de preguntar si era su hija la que venia en el coche.

La afectada molestia de Betty la habia quitado todos los medios de volver por sí misma á la primera conversacion, supuesto que el Coronel se habia manifestado tan poco curioso; pero la última pregunta referente á la niña la ofreció una ocasion, que quiso aprovechar para lucirlo á costa de Mistress Bawsky.

"Señor, dijo Betty acabando ya de arreglar las cortinas, nadie es mas enemiga que yo de censurar las acciones de otro, porque cada uno es como Dios quiere; pero si se va á decir verdad debo confesar que tengo parientes virtuosos, y que gracias á Dios mis hermanos y hermanas tienen muy loable conducta. En cuanto á esa Mistress Bawsky es muy escandaloso verla andar en un hermoso coche al lado de esa figura que llaman Doctor, despues de haber abandonado á su marido, que era muy hombre de bien, segun he oido decir á Mistress Feversham: ¡oh, ésta sabe de los negocios agenos mas que de los suyos propios!"

Durante esta impertinente conversacion el Coronel manifestó algun disgusto, y miró á su criado: á todo esto ya habia algunos minutos que el Doctor estaba llamando á la puerta;

pero el discurso de Betty habia absorvido de tal modo la atencion de John, que lo habia olvidado todo por oirla. La mirada de su amo le hizo volver en sí, conoció que debia ir á abrir la puerta en lugar de escuchar la historia de Mistres Bawsky, y salió precipitadamente de la sala, advirtiendo á Betty que su amo no era muy amigo de las conversaciones largas.

Betty pidió perdon por la molestia, y en voz baja, porque el Doctor iba subiendo la escalera, añadió que pensaba que su amo queria tener algunas noticias acerca de la niña que pasaba por sobrina de Mistress Bawsky, ó del Doctor, ó de algun otro; siendo lo mas particular (y esto lo dijo en voz todavia mas baja) que todas las sobrinas tenian padre y madre, y de esta no se conocia mas que un tio y una tia.

Á pesar de la velocidad con que ha-

blaba Mistress Betty apénas tuvo lugar de concluir su conversacion sin que la oyese el Doctor, quien se presentó en la sala despues de haberse anunciado con su *hé*, *hé*. Betty se apresuró á salir con objeto de buscar á John, que tan atento habia estado durante ella hablaba, no porque fuese amigo de murmuraciones, sino porque habia para él un cierto interés ya en la historieta, ó ya en la que la contaba, que le era imposible no escucharla con la boca abierta. Así pues los dos se retiraron á la antesala, y allí Betty ató el hilo de su discurso, é instruyó al complaciente John de cuanto sabia acerca de Mistress Bawsky.

El Doctor despues de haber hecho una profunda cortesía al Coronel tomó asiento á su lado: estaba haciendo su cumplido entre los *hé*, *hé* de costumbre, cuando vino á interrumpirle John,

que en medio de la agradable conversacion que tenia con Betty, y en el punto mas interesante de la historia, se levanto acceleradamente acordándose de las órdenes de su amo, presentó un papel al Doctor, y se retiró inmediatamente. El Doctor en virtud de la insinuacion del Coronel leyó en alta voz lo que sigue:

MISTRESS BIRD.

"Mi marido ha sentado plaza, y yo voy á seguirle, pues me ha tocado la suerte de ser una de las mugeres que pueden ir á bordo con sus maridos. En cuanto á Rosa creo que el Doctor Croak ha dicho algunas veces que tendrá cuidado de ella; pero si no quiere hacerlo, será preciso que la parroquia la tome á su cargo, pues yo jamas volveré á verla. Ruego á Dios tenga piedad de mi alma y de la de todos los

pecadores como yo, que es cuanto puede deciros ahora vuestra humilde servidora:

ROSA WILKINS."

Acabó el Doctor de leer la carta, y sin hablar palabra se puso á mirar al Coronel, como aguardando que le dijese el modo con que habia llegado á sus manos; pero á excepcion de un ligero movimiento de sorpresa, ninguna otra señal se advirtio en su fisonomía, y por el contrario la serenidad con que se pusó á esperar los informes podia haber dado que pensar al Coronel, si su natural franqueza no le hubiese puesto á cubierto de todo disimulo; y así dió al Doctor cuantas noticias pudo darle.

El Doctor despues de haberle escuchado atentamente respondió, que hallándose hacia algunos años en el con-

dado de Essex en casa de un pariente, se le buscó para una obra de caridad, á la cual se prestó de todo corazon, y fue la de socorrer á una pobre muger que se hallaba con dolores de parto, y que segun el parecer de la comadre estaba en el mayor peligro; que inmediatamente habia acudido, teniendo la felicidad de que la pobre paciente saliese con bien, y diese á luz una niña, que precisamente se halló ser la misma Rosa que el Coronel habia tomado bajo su proteccion. El Doctor añadió que la caridad que entonces tuvo habia sido para él un perpetuo manantial de importunidades; que el marido y la muger, que hasta entonces habian tenido una vida regular, se dieron al vino y á los mayores excesos, de modo que por su escandalosa conducta fueron desterrados del país, de donde se retiraron á Yorkshire; pe-

ro al cabo de cuatro años volvió á verlos en las inmediaciones de Londres; es decir, primero en Essex, y despues en Surrey. Entonces el Doctor acomodó al marido en casa del cerragero de Penrry, donde apénas trabajaba un dia, y luego solia pasar tres en vagar por las calles acompañado de su muger, y ambos completamente borrachos; y cuando ya no tenian dineros se iban á sentar á su puerta pidiéndole limosna, que él nunca les negó; que en fin su conducta acabó de incomodar á los habitantes de Penrry, y solo por atencion á que él los favorecia conmutaron el castigo que iban á imponer á aquel matrimonio en un simple destierro: mas esta indulgencia, lejos de corregirles, no habia servido sino para aumentar sus vicios, y que así habian vuelto á Penrry en un estado peor que antes; que últimamente se habia pre-

sentado la madre sola con la niña, que él no habia oido hablar de ella sino pocos dias antes que fue á su casa á buscar un schelling para pagar el porte de una carta, que segun á él le parecia no podia ser de otro sino del marido, que habia sentado plaza en un regimiento, el cual dentro de pocas semanas iba á embarcarse para América, y que en dicha carta venia un billete de banco, á fin de que tuviese para pagar los gastos de su viaje hasta llegar á Portsmouth, donde la seria permitido embarcarse con su marido, pues la habia tocado la suerte de ser una de las mugeres que podian seguir al regimiento.

El Doctor concluyó su discurso diciendo que no tenia ningunas sospechas del proyecto de abandonar la niña; mas que sin embargo confesaba que las malas costumbres que habian hecho con-

traer á esta criatura, la especie de estupidez que debia resultarla del excesivo uso de bebidas fuertes y espirituosas eran otros tantos obstáculos, que á pesar de la inclinacion que tenia á la beneficencia (que decia era su *flanco*) no permitian hacer otra cosa que abandonarla al cuidado de la parroquia.

Tres veces repitió su *hé*, *hé* para concluir su narracion; y el Coronel, que mientras ella habia durado estuvo sin cesar dando vueltas y mas vueltas entre los dedos á la caja de polvos cefálicos, se quedó pensativo algunos minutos, y luego dijo, que si los hechos eran tales como se habian referido...... á esto respondió el Doctor protestando bajo palabra de honor que habia dicho la verdad en todo, de cuya ratificacion infirió el Coronel, que ni la madre ni la hija tenian respecto al Doctor otras pretensiones que las que

podian resultar del *flanco* que este mismo habia confesado.

El Doctor lleno de la mayor modestia repitió que la caridad era su flanco; pero que desde que estaba egerciendo la facultad de comadron habia asistido al nacimiento de algunos centenares de niños, la mayor parte de hijos de padres sumamente pobres; bien que ninguno tanto como la muger, cuya historia acababa de contar, supuesto que todos le habian pagado cual con trigo, cual con cebada; y que si no hubiese encontrado sino personas, cuya pobreza le hubiese frustrado del estipendio de su profesion, y si se hubiese entregado enteramente á su inclinacion de la caridad, ¿qué hubiera sido entonces de su caudal?

"Basta, basta, Doctor, replicó el Coronel: ahora conozco que vuestro flanco es la caridad que empieza por uno

mismo." El Doctor contestó inclinándose profundamente, pues las genialidades del Coronel eran á sus ojos lo que las manchas en el sol, supuesto que sus inmensas riquezas le daban el derecho de decir cuanto se le antojase. Es de advertir que el Doctor cuando se hallaba con sus inferiores era el hombre mas insolente y petulante del mundo; pero la señora gruesa que le aguardaba á la puerta, y ya con harta impaciencia, le habia encargado que no omitiese medio para tener entrada en casa de un hombre tan rico como el Coronel.

Sin embargo, él procuró rebatir en cierto modo la acusacion de egoista, y respondió humildemente que habia ocasiones en que era necesario substituir la economía á la generosidad.

La mas ligera disculpa producia á veces en el espíritu del Coronel lo que

en vano hubieran intentado todas las fuerzas del mundo reunidas; así fue que se serenó, manifestó admitir con gusto las disculpas del Doctor, y añadió que estaba resuelto á encargarse de la suerte de aquella niña.

El Doctor empezó á elogiar con el mayor entusiasmo una accion tan noble, tan caritativa, tan humana y tan rara; pero el Coronel, incapaz del orgullo que inspira la adulacion á las almas débiles, aseguró al Doctor que nada habia de extraordinario en una conducta, cuyo resultado seria producirle un honesto recreo. "La educacion de la niña, añadió, me le proporcionará seguramente, y cuando regrese á la India...."—"Ya os entiendo, señor Coronel (le interrumpió el Doctor pareciéndole haber comprendido la especie á que pertenecian sus planes caritativos), ya os entiendo: cuando re-

greseis á la India entonces encargareis esta niña al cuidado de las autoridades de este pueblo."

La caja de los polvos cefálicos se le escapó de la mano al Coronel, y su rostro se inflamó de cólera. "Quítate de ahí, dijo á Rosa, que estaba sentada á sus pies entre el perro y la muñeca.... quítate de ahí," y la niña y el Doctor se levantaron al mismo tiempo ambos asustados, mientras que el Coronel prosiguió: "¿Os parece, señor Doctor, que yo habré recogido esta pobre inocente, y la habré arrancado de manos de la miseria para hacerla servir á mis caprichos?... ¿y qué diablos tienes tú que llorar?" dijo volviéndose á Rosa, que se habia escondido en un rincon de la sala. "¿Temes que sea yo capaz de entregarte á Sir Salomon Mushroom y sus ministros?"

Muchos *hé*, *hé* salieron de los pulmones del Doctor, y emprendió dar una vuelta favorable á lo que acababa de decir; pero aunque los argumentos de que se valió le parecieron sin réplica, no hicieron el mismo efecto en el Coronel, porque los motivos de este último, sus acciones, sentimientos y planes llevaban la marca de la sinceridad, y en tratándose de beneficencia solia pensar muchas veces lo que no decia, pero jamas decia lo que no podia pensar.

La expresion de *encargarla á las autoridades de la parroquia* estaba aun resonando en los oidos del Coronel, quien mirando con indignacion al Doctor se le figuró que sobre su cara de mochuelo veía el sello de una alma diabólica. Cuanto mas el moderno Esculapio intentaba paliar lo que parecia un ultrage á los ojos del Coronel, mas éste confirmaba el desprecio que le habia

inspirado, y el pobre Doctor se dirigió hácia su coche á buscar las dos compañeras que le aguardaban, y sin llevar la menor esperanza de contraer amistad con un hombre tan extraordinario.

Ya habia largo rato que Mistress Bawsky no apartaba los ojos de las ventanas del gabinete del Coronel, acechando la menor sombra que advertia por los cristales, y así observó la precipitacion con que el Doctor atravesó las piezas, y no vió ningun indicio de que se le despidiese con cariño. Sin embargo habia instruido á la niña Eleonora Bawsky en el modo de hacer la cortesía lo mas gracioso que era posible en el corto trecho de un coche, no dudando que el Coronel, sabedor de que habia señoras en él, se asomaria á saludarlas por lo menos desde la ventana; pero salió vana esta esperanza: el

Coronel no se asomó, y Mistress tuvo la mortificacion de ver perdida su leccion de saludar desde un coche.

Lo que el Doctor contó acerca de su conversacion con el Coronel, y la certeza de que éste habia podido distinguir perfectamente las personas que estaban en el coche, causaron á la dama un enojo dificil de explicar: lanzó una mirada de indignacion hácia las ventanas, levantó el vidrio del coche, y con aire imperioso y voz alta dio al cochero la órden de que la volviese á su casa.

## CAPÍTULO IV.

Suponiendo que esta obra tenga el honor de merecer la atencion de las personas del gran mundo, las pide el autor mil perdones si pone èn la escena personas vulgares, y sucesos que pertenecen á las últimas clases de la sociedad, pues le ha sido imposible dejar de hacerlo, en atencion á que escribe la historia de una niña mendiga.

Nadie respeta mas que el autor á las gentes del *gran tono*, y nadie tampoco admira mas los talentos y mérito de esa clase privilegiada; pero como jamas ha podido reducirse á crear caractéres monstruosos, ó á pasear sus lectores por paises imaginarios, se ha contentado sencillamente con andar por el vasto campo del mundo tal como él es, y componer una obra para él mismo, pa-

ra su librero, y para los amigos de semejantes historietas. En virtud de esta apología de su conducta, que ha creido necesaria, espera que el juicioso lector le permitirá introduzca en la escena á Tomas y á Margarita Croak: aquel jardinero, y ésta criada de un rico hacendado en las inmediaciones de Norwik, ocupándose como tal en cebar las aves domésticas, ordeñar las vacas, hacer quesos, &c. Tomas queriendo establecerse compró en el condado de Kent, por donde habia viajado, la cuarta parte de un acre de tierra con una pequeña cabaña, y luego se casó con Margarita, llevándola consigo, pudiendo decir que nunca una pareja vió correr con mas rapidez su fortuna.

El nacimiento de dos niños aumentó la felicidad de ambos esposos, siendo el manantial de todo su consuelo; pero Jackey el mas jóven, que debe represen-

tar un papel muy principal en esta historia, nacio en la estacion de las cerezas, y en una época donde los dos esposos gozaban de la suerte mas lisonjera, por cuya razon no tardó en ser su favorito, y el objeto de todas las atenciones.

Mientras que Tomas araba, cababa, plantaba, y hacia valer su pequeña posesion, Margarita llevaba la fruta á la ciudad inmediata, y gritaba por las calles cerezas dulces, peras de Borgoña, ciruelas de Orleans, avellanas y manzanas coloradas. Bien pronto su hijo mayor llegó á ponerse en disposicion de mezclar su agudo tiple con la ronca voz de su madre; pero el mas pequeño fué enviado á la escuela de un pueblo inmediato, y Margarita decia á todos los parroquianos que compraban cerezas, que Jackey aprendia cosas muy bellas, con las que llegaria á ser gran sabio.

Tomas y Margarita continuaron progresando, y su hijo mayor llegó á ser un buen jardinero, mientras que el pequeño continuaba en su escuela. Compraron una buena porcion de tierra, que segun su habilidad era doble en sus manos, y por consiguiente daba doble fruto: rozaron toda la maleza, plantaron árboles frutales en una parte y trigo en otra; de modo que el dinero les llovia por todas partes: sus tierras estaban en el mejor estado posible, su casa bien provista, y ellos mismos en su trage y buenas carnes probaban el buen estado de sus negocios. Sin embargo Margarita comenzó á descubrir que era la muger mas desgraciada del mundo, porque no podia hacer que su hijo mayor fuese un sabio y Jackey un caballero; pero esto á pesar de sus desvelos era irremediable. Con todo, en medio de su pena se presentó un rayo de esperanza á reanimar su abatido

espíritu; pues una muger que decia la buena ventura la aseguró que las dos cualidades de sabio y caballero podian convenir á un mismo sugeto: oido lo cual resolvió que Jackey fuese doctor, y ya empezó á saborearse con el placer de verse madre de un personage de gravedad é importancia. Tomas la hizo presente cuan extravagante era pensar que el hijo de un pobre jardinero se convirtiese en un *señoron*; mas ella habia reunido un tan bonito fondo á fuerza de pregonar cerezas y ciruelas, que obteniendo y conservando una gran preponderancia en los negocios de la casa, se habia valido siempre de esta circunstancia á favor de su querido Jackey.

Todo fué prosperidad para esta familia ínterin se contentaron con su estado, y gozaron con moderacion los frutos de su industria; pero la felicidad que acompañó á todas sus empresas la

abandonó apénas quisieron salir de la obscuridad en que la suerte los habia colocado.

Los gastos de Jackey desconsolaron de tal modo al viejo Tomas, que su madre, para no perturbar la paz doméstica, se decidio á ir sacando con secreto del fondo comun, á fin de mantener en el mismo tono á su hijo; y todo su cuidado era preguntarse á si misma: ¿qué harémos luego de este muchacho? y entretanto abandonaba á Tom, su hijo mayor, la huerta y la podadera.

Seria demasiado pesado contar la extravagancia de esta muger entusiasmada por su hijo Jackey, y aun se hubiera suprimido este capitulo, si no fuese necesario dar una idea del origen del Doctor Croack.

No haciendo, pues, Margarita caso de las reconvenciones de su marido, ni de la desesperacion de su hijo Tom, con-

siguió por su capricho perder enteramente la casa, en términos que Tomas se decidió á imponer en los fondos públicos el pequeño resto de su antigua fortuna; y el genio de Jackey, hecho ya doctor y cirujano, se entregó con todo su corazon al estudio, llevado de la esperanza de hacer una fortuna brillante por sus nuevos descubrimientos, con cuya idea fue tan profunda su aplicacion, y tan vastos sus conocimientos, que al cabo de algun tiempo publicó un método para hacer ruibarbo con cáscaras de nueces, verde-gris, con setas, y de polvos blancos con alverjones. Llenáronse de estos ingredientes preciosos todas las piezas excusadas de la casa, y aun todos los sótanos: mandó hacer vasijas de una forma particular para preporcionar así las sabias transformaciones que habia ideado; y mientras corria así tras unos verdaderos fantasmas abandonó sus

enfermos, y ellos tambien le abandonaron. En este estado y sabiendo la determinacion que habia tomado su padre, se vió obligado á abatir los vuelos, porque le faltaba cuerda para remontarse.

Aun conservaba Margarita cierta esperanza, fundada en que Jackey podia hacer una rápida fortuna mediante un ventajoso matrimonio. Precisamente por aquellos dias sucedió que la hija única de un caballero de la provincia de Gales, por cierta desobediencia, fué enviada por sus padres á la misma villa donde estaba Jackey, á fin de que expiase allí la falta que habia cometido.

Una criada vieja, á cuyo cuidado se habia encargado esta jóven, hablaba frecuentemente con Margarita; ponderaba tanto su cuantiosa herencia y las muchas tierras que aun se la irian reuniendo, que la buena madre concibió el proyecto de casarla con su hijo, lo que se

verificó; pues la tal señorita, temerosa de oir nuevas reconvenciones, escuchó de buena gana las proposiciones de Margarita, y á los tres meses de estar en la villa llegó á ser lejítima esposa de Mr. Jackey Croak.

El matrimonio de éste con una rica heredera fué un bálsamo consolador para toda la familia de Croak, y para completar su satisfaccion solo faltaba el perdon de los padres de la novia, su aprobacion de la boda, y la nota circunstanciada de los bienes que formaban la herencia de Mistress Jackey Croak.

El perdon llegó, y lo que hubo en esto de mas agradable fué que el padre de la novia convidó á los dos esposos á que pasasen á visitarle: oido lo cual por Jackey determinó no tener impaciente á su suegro, y montó en un coche acompañado de su muger, llevando

mil encargos de parte de Margarita acerca de que no dilatase un momento enviarle una exacta noticia de los bienes de la herencia.

Con efecto los dos esposos fueron bien recibidos, y tratados á las mil maravillas: pero ¡oh, dolor! todos los bienes de la herencia se hallaban hipotecados, todas las tierras empeñadas; de modo que únicamente trescientas libras esterlinas legadas por su madrina, y pagables el dia del matrimonio, fué todo lo que Jackey pudo recoger de la gran fortuna que aguardaba: y sobre lo que sus padres creían reembolsar cuanto habian gastado en sus estudios y locuras; pero él lejos de darles ni aun este poco dinero, se decidió á emplearlo secretamente en sus experimentos sobre las cáscaras de nueces, las setas y los alverjones.

En virtud de esta resolucion vió con serenidad y aun con la mayor filosofía

la pérdida de las brillantes esperanzas que su familia habia fundado en su matrimonio.

Sin embargo, aunque tan filósofo, en nada pensaba menos que en volver á su casa, pues las reconvenciones y mal genio (segun él decia) de su padre le incomodaban mucho, y sabia que lejos de rendir el tributo de admiracion á sus sobresalientes conocimientos, no dejaria de seguir criticando sus sapientísimos experimentos.

Trescientas libras esterlinas eran sin duda una cortísima cantidad en comparacion de lo que su familia habia gastado con él; pero Jackey nunca habia tenido á su disposicion tanto dinero junto, y aun juzgó que poseía un tesoro inagotable. Escribió á un químico de Londres para que le informase en qué pueblo podria establecerse, sin necesitar un gran capital para poner su botica, y recibió

en respuesta la noticia de hallarse vacante la plaza de cirujano farmacéutico de la aldea de Penarry.

Con este aviso, en lugar de ir á reunirse á su familia, marcho en posta á Londres, y de allí á Penrry con su jóven esposa y sus trescientas esterlinas, que juntas á los regalos de la parentela subirian á cuatrocientas, y pagadas de este capital doscientas por los gastos precisos de entrada en la plaza que iba á ocupar, se estableció tranquilamente en Penrry, antes que su familia sospechase que habia salido del pais de Gales.

Es imposible describir el enojo del padre, la pena de la madre, y la consternacion del pobre Tom cuando supieron esta noticia. De dos mil libras esterlinas adelantadas por ellos en diferentes ocasiones, no venia á quedar sino una botica llena de vasijas de todos tamaños, algunos instrumentos de química, y una

coleccion de cacharros extraños fabricados segun las ideas de Jackey, y cuyo uso nadie sino él conocia, una cueva llena de cáscaras de nueces y setas podridas, y en fin un granero que casi amenazaba ruina, segun estaba cargado de alverjones que se prometia convertir en polvos blancos.

Del mal el bien dice con mucha razon el proverbio; y así fué que Tom irritado al verlo todo sacrificado á los ridículos adelantamientos de su hermano, y deseoso de evitarse el disgusto de andar encontrando á cada paso las personas que Jackey medio curaba, y que habian sido causa de que una tras otra se hubiesen ido vendiendo todas las tierras, se aplicó con gran cuidado á conocer los remedios mas usuales para el reumatismo, males de garganta y fiebres, con lo cual, y haber estudiado la gramática latina, logró conservar algunos enfer-

mos durante la ausencia de su hermano.

Tom tenia poca ciencia pero mucha maña; y así poco á poco logró lo que nunca pudo conseguir su hermano, que fué ganar su vida; y mientras él se aplicaba á esto, nuestro Doctor de aldea, viéndose falto de dinero para sus vastos experimentos, se dedicó á tomar parte en las disputas y pleitos de los vecinos, á fin de convencer al pueblo que era tan sabio en la medicina como en las leyes.

Su muger, cuyos bienes ya no existian, llegó á ser á sus ojos una idiota y un ente indigno de condecorarse con el apellido de tan ilustre personage. Es verdad que Mistress Croak, aunque naturalmente amable, era poco viva de genio, lo cual su digno esposo no podia sufrir; y así empezaron disputando, pasaron á reñir formalmente, y se malquistaron con todos cuando se supo de

positivo que el Doctor apaleaba á su muger, que era impertinente con sus superiores, quisquilloso y disputador con sus iguales, tirano con sus inferiores, ingrato con sus amigos, implacable con sus enemigos, olvidadizo en pagar las muchas deudas que tenia, y sumamente duro para exigir lo que se le debia.

Mistress Croak, jóven sin amigos, en tierra extraña y lejos de su familia, cayó en una profunda melancolía que la quitó la salud, y el cielo tuvo piedad de ella, sacándola de una situacion harto triste, pues igualmente le melancolizaba lo presente que lo futuro; es decir, que murió pocos meses despues, dejando un niño, que recomendó vivamente á su marido en los últimos instantes de su vida.

Este triste suceso y lo embrollados que estaban los negocios del Doctor despertaron el amor maternal ya casi adormeci-

do en el pecho de Margarita, y llegó á Penrry antes de que se diese sepultura á la difunta, llevando consigo un corazon compasivo, y una bolsa muy bien prevenida. Así fué como entró en casa de su hijo, á quien encontró en la mayor miseria, porque todos habian perdido de tal modo la confianza en él, que mejor querian valerse de los facultativos de los pueblos inmediatos, que acudir á él en sus enfermedades.

El viejo Tomas falleció algun tiempo despues, legando los miserables restos de sus bienes á su muger y á su hijo mayor, el cual abandonando la nueva carrera que habia emprendido por necesidad, volvio á abrazar la de la agricultura, para la cual tenia mejores disposiciones.

Margarita, á pesar de su edad, estaba robusta, y llena de buenos deseos: estableció una rigorosa economía en la pe-

queña familia, mientras que su hijo continuaba entremetiéndose en los pleitos; pero un suceso inesperado vino repentinamente á mudar su género de vida, y á enseñarle que habia caminos para hacerse hombre de provecho, mucho mejores que aquellos que hasta entonces habia tomado.

Mistress Bawsky estaba casada con un Oficial de alta graduacion, que habiendo tenido la desgracia de perder la confianza de su Príncipe por uno de aquellos reveses militares, que nacen mas bien de las circunstancias que de falta de habilidad ni zelo, llegó á ser tambien un objeto del mayor desprecio á los ojos de su muger; de modo que abatido por su desgracia salio de Southampton, donde entonces se hallaba, y donde cada dia recibia mil pesadumbres viendo la indiferencia con que le trataban sus compañeros, y se retiró á

una hermosa posesion, donde aguardaba perder la memoria de lo pasado, poseyendo todavia dos tesoros inapreciables, es decir, una buena esposa, y una hacienda mas que regular; pero el pobre solo vió realizada la esperanza de esta última parte.

Mistress Bawsky se negó á seguirle, permaneció en la ciudad, y fue tan poco discreta en sus gastos, que su marido se vió en la precision de escribirla reconviniéndola seriamente, y aun exigiendo que fuese á reunirse con él; lo que siéndole imposible conseguir, y sabedor de que ella andaba solicitando la acta de separacion, la firmó con mucho gusto, obligándose á pagarla una pension anual de doscientas cincuenta libras esterlinas.

Mistress Bawsky habia vivido hasta entonces en la opulencia; pero desde aquel punto la fue preciso despedirse

del brillo, respeto y crédito que la proporcionaba la graduacion de su marido: vió disiparse aquellos sueños brillantes, y quedo en una situacion de espíritu, que no la permitia ni permanecer en el gran mundo, ni abandonarle, hallandose ademas con una larguísima lista de conocidos, pero sin tener ningun amigo.

En esta deplorable posicion hizo diligencias para averiguar alguna casa de campo donde pudiese ponerse de posada, con cuyo motivo la hablaron del Doctor Croak, y aunque la cantidad de de doscientas cincuenta libras esterlinas era muy pequeña para una petimetra de Southampton, sin embargo pareció inmensa cuando se trató de pagar unos alquileres en la casa del pobre boticario de la aldea de Penrry.

Ya tenemos á esta muger orgullosa abandonando los honores y placeres

que disfrutaba á la sombra de un buen marido para encerrarse en la casa de un hombre obscuro, cuyos menores defectos eran su humilde cuna y su crasa ignorancia: ya la tenemos, repito, entregada á la sociedad de una vieja aldeana, y gastando su pension en restablecer el crédito de Jackey; pero lo mas extraordinario es que la amistad mas íntima y desinteresada se establecio entre Mistres Bawsky y el Doctor.

La experiencia y el talento de una muger tan amable abrieron al Doctor un vasto campo, que hasta entonces habia desconocido, y bajo su direccion aprendio que á pesar de los agudísimos dolores que le hacia sufrir la gota, fruto de su intemperancia, aun le quedaban bastantes fuerzas á su ingratitud para mortificar á su pobre madre.

Pasemos en claro el teatro de despotismo en que se convirtio la casa del

Doctor hasta llegar á comprar un coche viejo: omitamos el pormenor de las disensiones domésticas entre Margarita, el Doctor y Mistress Bawsky; y contentémonos con decir que á los ochenta años de su edad salió Margarita de la casa de su hijo.

Acaso muchas damas del gran mundo no hubieran estado contentas en esta infeliz situacion, ni tampoco hubiera convenido á muchas de ellas; pero una madre venerable, de edad de ochenta años, despedida por un hijo, una muger, cuyo marido aun existia, viviendo en compañía de un hombre nacido para ocupar la trasera del coche mejor que el almohadon; todo esto ño sorprendió á nadie en la aldea mas que un solo dia; pues como Mistres Bawsky daba los mejores banquetes que se habian visto allí, jugaba fuerte, y tenia diamantes, nadie se

volvió á acordar de lo que pudiese haber de repreusible.

Dos ó tres años despues de este suceso fue cuando se vió aparecer en su casa la hermosa niña de que Betty habló al Coronel: se la presentó en el pueblo como sobrina del Doctor, y esta circunstancia causó alguna sorpresa entre las gentes mas distinguidas. Es verdad que Mr. Tomas Croak, hermano del Doctor, tenia algunas hijas; pero estas habian venido repetidas veces á Penrry á visitar á su abuela, y así todos las conocian; es decir, que la niña no podia ser ninguna de ellas. Tampoco Mistress Bawsky ni su marido tenian hermanos, con que no podian tener sobrinas: he aquí lo que se hablaba en las casas mas granaditas del pueblo; pero la murmuracion duró muy poco tiempo.

Cuando se le vió comprar tierras,

edificar una casa, mudar su bajilla de loza en otra de plata, y convertir su coche viejo en una bonita berlina con dos caballos, no hubo ni en la aldea ni mas allá una persona que adivinase de donde habia podido salir tanto dinero. Sin embargo este prodigio, en lugar de ser perjudicial á la fortuna del Doctor, sirvio para aumentarle el crédito y los parroquianos, en terminos, que decia altamente que nunca le faltaba que hacer. Es innegable que algun enigma se ocultaba bajo el velo de una opulencia tan repentina; pero de cualquier modo que el dinero viniese, lo cierto es que el Doctor le tenia, que Mistress Bawsky participaba de la felicidad de su amigo, y que tal vez se completaria el gozo de ambos si muriese el marido de aquella dama, hombre que parece se habia empeñado en permanecer en este mundo.

En la época que comenzó esta historia todos se fatigaban en formar conjeturas, y hacer gestos de admiracion; pero al fin nadie pudo dudar que el Doctor era un hombre rico, y por lo tanto respetable, y Mistress Bawsky y él no se ocupaban sino en pensar en su sobrina.

¿Pero qué se hizo durante este tiempo el hijo del Doctor? — ¡Su hijo! ¡oh! ese fue con su abuela.... ¡Cómo! ¡echar de casa un hijo! eso es imposible. — Pues, señores lectores, no es imposible, como verán ustedes luego: volvamos á casa del Coronel, á quien dejamos encolerizado con el Doctor mientras que la pobre Rosa lloraba amargamente.

## CAPÍTULO V.

Mistress Betty, á cuyo lado se refugió la niña huyendo de la cólera del Coronel, dijo con algun despecho que no sabia cómo demonios su amo enviaba á buscar al Doctor, únicamente para armar con él disputas mientras que Mistress Bawsky le estaba aguardando en el coche. Á decir verdad este despecho de Betty no era mas que el resultado de su descontento; pues desde niña se habia acostumbrado á indagar cuanto hacian ó decian sus superiores, acechando los medios de sorprender sus secretos: así en fuerza del ejercicio se habia hecho maestra en el uso del agujero de la cerradura, de modo que pocas cosas se escapaban de su vigilancia.

Cuando John se fue, dejándola en

lo mas interesante de la conversacion de la historia de Mistress Bawsky, Betty subio tras él, y ocupó su puesto favorito, deteniendo la respiracion para no ser oida; pero John saliendo luego del gabinete se sentó en la antesala, donde permanecio hasta que el Doctor tomo el coche: de modo que el resentimiento de la pobre Betty duraba mas de dos horas, cuando el Coronel tiro de la campanilla repetidas veces, que era la señal para que le llevasen la niña. Betty subio inmediatamente, llevando de la mano á Rosa, que intimidada con las muestras de enojo que habia visto en su bienhechor no se atrevio á sentarse en sus rodillas, como acostumbraba. El Coronel la alargó la mano, diciendola con mucho afecto, y aun algunas lágrimas: "¿Qué tienes, hija mia?" Oido lo cual, Rosa se arrojo en sus brazos, haciéndole mil ino-

centes cariños. Al cabo de algunos minutos el Coronel mandó que Betty se fuese, y se quedase John, á quien dijo apénas se vieron solos: "John, ¿cuándo dejaremos esta maldita aldea?" Involuntariamente retrocedió John algunos pasos; tal fue su sorpresa y su pena oyendo estas palabras. "¡Maldita aldea! repitió: ¡Penrry maldita aldea, el aire mas saludable, las mejores aguas, la....!"

El Coronel conoció la pena que habia causado á su fiel criado, y le dijo: "Despues de algun tiempo ha habido ciertos sucesos que han emponzoñado mi felicidad: ¿qué digo emponzoñado? la han destruido para siempre. Tú me has visto aborrecer la vida en aquella época de la juventud, cuando todos acarician sus esperanzas y fijan sus ojos en las pasageras nubes de lo futuro."—"Señor, respondió John to-

mando una postura teatral, y preludiendo con la mano derecha, hay una estacion en la vida del hombre donde.... "—"Sí, John, es verdad, le interrumpió el Coronel; pero esa época, respecto á mi felicidad, no llegará nunca, y así aborrezco mi existencia."

John dejó caer su mano, é inclinó la cabeza; y luego, volviendo á tomar por grados la anterior postura, dijo:

"*El héroe en la desgracia*
"*Debe tener de un sabio la constancia*:

"Así, señor, aunque vos hayais quitado la vida á un hombre, yo estoy cierto de que no lo hicisteis de un modo indigno de un caballero y un soldado."—"¡Un soldado, John! exclamó el Coronel: la espada del soldado no debe desenvainarse sino en servicio de su Rey y defensa de su patria: en-

tonces vuelve á entrar con honor en la vaina aquella espada teñida en sangre enemiga; pero cuando se ha teñido como la mia en la sangre de un pariente tan querido.... ¡oh, amigo mio! entre todas las diversas escenas del drama de la vida, este puñal pendiente de un solo cabello está puesto sobre el corazon del hombre infortunado, mientras que los infructuosos remordimientos extienden su destructor influjo sobre todas las facultades del alma. Esta es la mano cruel que llena de arrugas mi frente, y que me quita para siempre el sosiego."—"Es verdad, señor," respondió John mas moderado; pero siempre en su tono dramático.

"El dolor importuno
»Trastorna la harmonía de la vida,
»Midiendo lentamente
»El curso de las horas solitarias."

"Esta maldita bilis, dijo el Coronel, por la que me aconsejaron que saliese de la India, ¿crees que fuese efecto de aquel clima? pues no, sino producida por el infierno que llevo dentro del corazon."

John lanzó un profundo suspiro, y su amo continuó: "La inocente criatura que he recogido ha excitado con su presencia ideas, que hace mucho tiempo me esforzaba á desterrar lejos de mí: ha llegado á ser grata, sí, muy grata para mí: y yo hubiera podido quedarme aquí hasta que se concluyese el tiempo de mi licencia; pero ese insensible Doctor...." — "¡Ah! respondio John con un aire de complacencia, ya conocia yo que no podiais aborrecer esta aldea."

Estando en esto llegó á los oidos del Coronel un cierto ruido, que obligó á John á correr hacia la puerta, y

asomando la cabeza vió á Betty pálida y temblando en el segundo escalon: de manera que él creyendo que subia, se contento con indicarla que no debia entrar, y para ello cerró la puerta, volviendo á colocarse tranquilamente detrás de la silla de su amo, diciendo: "sí señor; yo estaba bien seguro de que Penrry no podia desagradaros."—"No, respondio el Coronel; pero la idea de que esta pobre criatura pueda volver á caer en manos del *prudente* Sir Salomon, y del *caritativo* Doctor, me ha hecho insoportable este pueblo. Yo tengo varios negocios en Londres; es preciso que me presente á ofrecer mis respetos á la compañía de la India; en seguida me ocuparé en pensar en la suerte de Rosita, y despues pasaremos un mes en Bath."

Sin embargo de lo que John sentia dejar su país natal, como su sis-

tema constante se fundaba en una obediencia ilimitada, no podia ni un solo momento poner en balanza sus intereses con el gusto de su amo, y así aguardó con sumision las órdenes que iba á darle.

"Prepara el coche para mañana, añadio el Coronel, y di á los demas criados que se den por despedidos." John inclinó la cabeza suspirando. El Coronel se puso á voltear entre los dedos la caja, y dijo con una voz afectuosa: "John, tú sientes dejar tu patria; pero...."

John se puso colorado, y respondio: "Yo espero que mi amo tendrá la bondad de creer que estando á su lado nada me quedará que desear en ninguna parte."—"Sin embargo, si tú quisieses quedarte en Inglaterra..."—"¿Quien? ¡yo! ¡John Brown quedarse en Inglaterra, yendo su amo á re-

motos paises á exponer su preciosa vida!"

John no pudo detener sus lágrimas, y salió del gabinete.

Durante este diálogo no habia impedido ninguna cosa la atencion què estaba establecida entre los oidos de Betty. y el agujero de la cerradura; es decir, que habia escuchado sin perder una letra cuanto dijo el Coronel; pero quedó sin saber lo que la pasaba apénas oyó que su amo, el mejor de los hombres, el que se apartaba del camino para no pisar el insecto que se ponia delante de sus pies, habia hecho una muerte, y tenia siempre sobre su cabeza un puñal pendiente de un cabello, que le amenazaba á cada instante.

Desde luego sospechó que aquel puñal queria decir la espada de la justicia; pero quedó anonadada cuando

oyó decir que iba á salir de Penrry; y así no dudó que el Doctor Croack, ó alguna otra persona, le habia conocido por un asesino, y por eso trataba de ausentarse, temiendo verse en un suplicio. Sin embargo de ser tan grande el horror que experimentó Betty con semejante descubrimiento, no podia compararse á la pesadumbre de perder una casa donde no habia señora, donde cada dia recibia algunos gajes, y donde igualmente presenciabá los testimonios nada equívocos del cariño de John, que encantado del zelo con que cuidaba á la niña, la habia dicho que si moria el viejo Parker, posadero de *Withe-Horse*, y si el Coronel se establecia en Inglaterra, él no tendria reparo en ponerse al frente de la posada acompañado de una muger tan hacendosa como ella. Así, pues, la idea de ser destruida tan lisonjera pers-

pectiva causó tal dolor á la pobre Betty, que no tuvo la serenidad de apartarse del agujero de la cerradura cuando John, llorando, salió repentinamente del gabinete por otra puerta. La sorpresa, la pena y la vergüenza de ver descubierta su culpable curiosidad, y el temor de las consecuencias que podian resultar de una accion tan atrevida, hicieron tal efecto en el corazon de Betty, que toda trémula, llorando y suspirando cayó en el suelo apénas vió que John la habia sorprendido escuchando á la puerta del cuarto de su amo.

La verdad es que John, cuyo corazon era excelente, la miraba con cierta prediléccion; pero aun sin esta circunstancia, aunque estaba cierto de que ella habia cometido en esto una imprudencia, nunca hubiera querido exponerla á la cólera de su amo.

Éste llamó para saber la causa de aquel ruido que acababa de oir, y como John cerrase nuevamente la puerta diciéndole que no habia sido nada, se entregó al placer que siempre experimentaba observando las agraciadas facciones de la niña. "Rosita, la dijo, ¿sabes que voy á separarme de tí?"—"¿Y sabeis vos, respondió la niña, que será preciso castigaros si no os corregis de dos defectos?"—"¿Y cuáles son esos defectos, querida mia?"—"El primero es pronunciar algunas palabras malas, y el segundo decir mentiras."—"Es verdad, replicó el Coronel sonriéndose; pero yo no miento, pues realmente voy á marchar."—"Y yo tambien con vos."—"No, porque voy muy lejos."—"Muy bien, yo correré tras vos."—"Eso no es posible: tú no eres capaz de correr tanto."—"¡Oh! sí señor: bien sabeis

cómo corrí aquel dia con mis zapatos gordos, y cuando tenia llagados los pies: ahora correré mejor, porque ya estoy buena, y tengo tan bonitos zapatos.... ¿Sabeis quién me los ha dado?"—"No lo sé: dímelo tú, niña encantadora."—"Vos me los habeis dado, respondió Rosa abrazándole: tambien me regalásteis tantas cosas cuando yo pedia limosna, y tenia una mamá tan cruel y unos zapatos tan malos: ¿y os parece que no correré para seguiros, cuando sé que nadie me quiere sino vos?"

Las caricias que acompañaron á estas expresiones, hijas de la sincera gratitud de una inocente con que pagaba los cuidados del Coronel, añadieron nuevos encantos á los que para él tenia su vocecita delicada; y despues de haberla abrazado afectuosamente la mandó que se retirase, y

al otro dia de madrugada partió para Londres, pensando mas en el modo de asegurar la felicidad de la niña, que en presentar sus respetos á la compañía de las Indias.

Durante este intervalo John habia ejercido en verso y prosa todo el poder de su talento para consolar á Mistress Betty, y reconciliarla con los duros decretos de la suerte; pero á la hora de haberse puesto en camino ya circulaban por toda la aldea cuantas conjeturas habia formado ella sobre la singular historia que habia escuchado. Á la verdad la era imposible decir lo que no sabia; pero las probabilidades, las conjeturas, las conclusiones, &c., &c., iban caminando por las tiendas de Penrry, por la posada, por las casas del Doctor Croack, del Procurador Quibble, y por fin llegaron á la mansion respetable de Sir Salomon Mushroom.

Toda la aldea resonó con el eco de esta absurda historieta: unos decian que era una cosa cruel, asombrosa, pecaminosa.... Segun otros nada tenia de extraña, y Mistress Bawsky falló que el delito del Coronel era el que le hacia tan grosero: los ricos no dudaron que este delito fuese la causa del desprecio con que miraba el dinero; los mercaderes hallaron en este principio el motivo de la puntualidad con que pagaba sus cuentas, y los pobres no vieron en su beneficencia sino un medio para expiar su pecado, segun aquella sentencia ó dicho divino de que *la caridad cubre muchos crímenes.* Mistress Betty habiendo aliviado su pecho en el de sus confidentes, pero bajo el sello de un secreto inviolable, juzgó que igualmente debia ir á hablar de su pena á ciertos amigos que tenia en la quinta de Sir Salomon.

Éste cuando la vió venir se hallaba escuchando sin pestañear á su ama de llaves, que le contaba la historia; pero un jóven que estaba sentado bebiendo medio vaso de vino tomó la libertad de contradecir punto por punto relaciones tan absurdas, aunque Sir Salomon declaro que ya hacia mucho tiempo que sospechaba la atrocidad del Coronel, porque desde la vez primera que se presentó á su vista habia descubierto la marca del asesinato impresa sobre su frente. El jóven contestó que tambien conocia al Coronel, y que nada habia observado en su rostro sino los signos de la benevolencia, y los rastros de las enfermedades que habia padecido. Sir Salomon le cumplimentó ironicamente por sus conocimientos fisonomicos, y mando que entrase Mistress Betty en la sala de comer, donde entonces se hallaba.

"Mi querida Mistress Betty, la dijo luego que se presentó, yo siento muchísimo lo que acabo de saber. Vaya, hija, bebed un vaso de vino para reanimar vuestras fuerzas abatidas." Á esta interpelacion las fuerzas de Betty se hallaban obligadas como un punto de honor á decaerse mas de lo que estaban, y así exclamó: "¡Oh, cielos, cielos!" Á lo cual contestó Sir Salomon: "Vuestro amo..... todo lo sé...... ¡infeliz hombre!"

Betty acercó á los ojos su pañuelo con tanta dignidad como si hubiera estado representando el papel de Cleopatra bajo la direccion de John. "El mundo es muy malicioso, dijo Sir Salomon; pero nosotros no podemos impedir que hable."—"¡Oh! no señor, no podemos impedirlo," respondió ella suspirando, y el otro continuó: "Es constante, hija mia, que esto os debe causar mu-

cha pena."—"¡Ay, Dios mio!"—"Aquí para entre los dos, querida mia, yo lo habia adivinado."—"Es cierto, respondió ella guardando su pañuelo, es cierto que mi amo tiene una singular expresion en sus ojos."—"Decid, replicó Sir Salomon, que tiene en ellos la ferocidad de un asesino."

Entonces ella se acordó de las miradas de benevolencia y del tono amistoso con que siempre la hablaba el mejor de los amos; pero habiendo continuado Sir Salomon diciendo: "¿no pensais lo mismo que yo?" y habiéndola presentado un segundo vaso de vino de la madera, ella hizo una profunda reverencia, y fue absolutamente del mismo parecer que el señor de la quinta.

Éste lanzó inmediatamente una ojeada mas feroz y mas sanguinaria que cuantas él habia observado en el Co-

roñel sobre el jóven que estaba acabando de apurar su vaso, y despidió cortesmente á Mistress Betty. Sin embargo de la afectacion del caballero Sálomon en decir que creía la historieta contada por Betty, y á pesar de que en toda la aldea no habia quien no creyese que merecia una horca, excepto el jóven de que hemos hablado, aun habia un cierto sugeto que no podia ni aun suponer que aquello fuese probable; y este sugeto no era otro que el mismo Sir Salomon. No podia admitir las absurdas conjeturas de Betty, aunque hubiera dado cuanto hay en el mundo porque ella hubiese dicho la verdad pura, y andaba revolviendo en su imaginacion el cómo llegaria á conseguir noticias mas positivas, cuando felizmente le ocurrió que el Doctor Croack seria sabedor del secreto, pues de resultas de la conferen-

cia que tuvo con él fue cuando el Coronel se decidió á emprender su viaje: así inmediatamente tocó la campanilla, pidio el sombrero blanco, y el baston de puño de oro, y se dirigió á casa del Doctor.

Sin embargo no era fácil que se prestase éste á las insinuaciones de Sir Salomon, en primer lugar porque estaba resentido de ver que un hombre como él, que estaba en vísperas de revalidar el grado de Doctor en una Universidad de Escocia, no tenia el honor de ser médico ordinario ni extraordinario de la quinta de Mushroom, y en segundo lugar porque Mistress Bawsky jamas habia sido convidada á ninguna de las magníficas mesas que Sir Salomon se gloriaba de dar freecuentemente á todos los nobles que residian en sus inmediaciones. Estas dos faltas, que tan de cerca herian el amor pro-

pio del Doctor y de Mistress Bawsky, eran imperdonables: de modo que cuando entró Sir Salomon á visitarle se sorprendió, y miró á su tierna amiga, quien le contestó arrugando las cejas, y haciendo un gesto de desprecio.

Sir Salomon notó maravillosamente este lenguaje mudo; pero no hubiera sido Sir Salomon si le hubieran podido desanimar ni un solo instante estos signos decididos del poco placer que causaba su venida.

Tomó asiento cerca de una ventana que dominaba los hermosos jardines y todas las posesiones del Doctor, y se sorprendió viendo los adornos que decoraban aquellos sitios: felicitó al Doctor por su buen gusto, cuyo cumplimiento sacó una respuesta, y esta otra; de modo que insensiblemente se pasó á hablar del objeto de su visita.

"Doctor, yo supongo que cono-

ceis perfectamente al Coronel Buhànum," dijo Sir Salomon mirándole con ojos examinadores; pero como el Doctor respondiese secamente con un *no*, Sir Salomon dirigió la misma mirada á Mistres Bawsky, quien al *no* desdeñoso añadió, que el Coronel era el hombre mas impolítico del mundo; "y sumamente feo," dijo la niña, que jugaba al volante.

"¿Es verdad que está muy enfermo?" preguntó Sir Salomon.... "¡Enfermo!" respondió Mistres Bawsky meneando la cabeza. — "¿No le ha asistido el Doctor?" dijo Sir Salomon. — "Yo no," respondio el otro. — "Paréceme que es un hombre extraordinario." — "Un hombre brutal," exclamó la dama; pero como ni las exclamaciones de ésta, ni los monosílabos del Doctor no daban las luces que buscaba Sir Salomon, se vió en la preci-

sion de entrar en materia de un modo decidido; y así continuó diciendo que él nunca podia creer nada que ofendiese la conducta de su amigo el Doctor, pero que habia ciertos hechos contados por unos y creidos por otros de que la malicia general del público sabia aprovecharse perfectamente.

Dicho esto se detuvo Sir Salomon; pero la sorpresa y el temor que se pintaron en la mirada que el Doctor dirigió á su amiga, y en la que ésta le manifestó en contestacion, animaron las esperanzas del examinador, pareciéndole una confirmacion nada equívoca de la historia contada por Betty.

Despues de algunos momentos de silencio continuó diciendo Sir Salomon, que como generalmente se creia que el Doctor era poseedor del secreto del crímen del Coronel, y como tratandose de un homicidio este secreto era una

complicidad á los ojos de las leyes, aconsejaba á su amado vecino que le descubriese con franqueza cuanto supiese, en atencion á que era uno de los magistrados; y concluyó su discurso ofreciendo servirle en cuanto pudiesen sus facultades.

Durante esta conversacion se serenó completamente el rostro del Doctor, y su amiga viendo que se trataba de averiguar un negocio, que la interesaba muy poco, ni aun se dignó contestar con sus acostumbrados meneos de cabeza. El Doctor respondió que el Coronel podia tener á su cargo quinientos asesinatos, pero que él no tenia noticia de ninguno, ni le importaba nada averiguarlo; y que la idea de complicidad con un hombre, que apénas conocia, era tan absurda, que ni aun se dignaba tomarse el trabajo de desvanecerla; y acabando de decir

estas palabras salió de la sala, diciendo á Sir Salomon que le disimulase sino podia acompañarle por mas tiempo.

"El arte no puede con este hombre", dijo para sí el caballero Mushroom, y aunque Mistress Bawsky permaneció en la sala, desafió con su serenidad las penetrantes miradas del curioso juez, quien se levantó sonriéndose, hizo una profunda cortesía, y se despidió.

Bastante descontento con el poco éxito de su visita se dirijio á casa del Coronel para conferenciar con Betty; mas la halló absolutamente desierta, y sola la niña Rosa estaba sentada en el portal llorando, y el perro enroscado junto á ella haciéndola compañía.

Betty, como era regular, participó á sus compañeros la admirable historia del Coronel. Will el jardinero, y Peggy la cocinera, eran igualmen-

te apasionados á las conjeturas, de modo que no pudieron menos de ir á contárselo todo á sus amigos; y aunque ya era despues de comer cuando Peggy dejó confiada la casa al cuidado del jardinero, y éste no se marchó á la taberna hasta cerca de la noche, lo cierto es, que cuando Sir Salomon se presento en la casa, todas las puertas y ventanas estaban abiertas, y no parecia nadie mas que la niña y el perro.

Sir Salomon, mientras su conversacion con Mistress Betty, no se habia contentado con hacerla beber vino de la Madera, sino que tambien él habia bebido mas de lo acostumbrado, y luego habia salido á sus investigaciones sin acordarse de dormir un rato. "Bonitos criados tiene esta casa," dijo entrando en la del Coronel, y observo que los muebles de la pobre Mistress Feversham podian haber si-

do presa del primero que entrase, por lo cual decidido á ser guardia de aquellos muebles se sentó en una silla, y á poco rato se durmió profundamente, hasta que le dispertó, no algun ladron, aunque las puertas permanecian abiertas, ni por Betty, aunque á la verdad debia volver pronto, sino por el Coronel en persona, trayendo en brazos á la niña dormida.

Ya se puede conocer cuánto se sorprenderian los dos con este encuentro: poco despues llegaron el jardinero y la cocinera, que habiendo visto pasar el coche de su amo vinieron temblando por temor de la repasata que merecia su descuido.

"Tenias razon, John, dijo el Coronel: yo no debia haber dejado aquí esta pobre niña:" pero John sin responderle miraba alrededor de sí desesperandose por no encontrar á Betty,

mientras que su amo dividia sus caricias entre la niña que, medio dormida, estrechaba entre sus brazos el cuello de su bienhechor, y el perro de caza que saltaba como un loco celebrando la venida de su amo.

Durante esta escena Sir Salomon reconoció, aunque con alguna dificultad, el sitio en que se hallaba, se acordó del motivo que á él le habia conducido, y saludó al Coronel pronunciando entre dientes un medio cumplimiento y algunas disculpas. El Coronel le contestó con el silencio; y entonces el otro ya mas sereno se arriesgó á hacer una especie de apología de su conducta, para borrar la extrañeza que debia causar el hallarle dormido en casa de una persona, á quien no trataba, y con quien ningun asunto tenia que ventilar.

Dijo que habiendo pasado por de-

sante de la casa cerca de anochecer, y viendo que estaban todas las puertas y ventanas abiertas, tomó el partido de acercarse llamando á los criados: sorprendido al ver que nadie le respondia tiró con todas sus fuerzas de la campanilla, y despues de haber esperado algun tiempo, é ignorando que su amigo el Coronel estaba ausente, se decidió á entrar en la casa, á fin de tener cuidado de ella hasta que viniese algun criado, cuya precaucion le habia parecido tanto mas necesaria, cuanto aquellos dias andaban por allí algunos rateros: añadió que se habia sentado por venir cansado de un largo paseo, y que el sueño le habia cojido precisamente cuando el Coronel llegaba á la puerta.

El Coronel con voz severa, y sin dejar de mirar á la niña que tenia en brazos, respondió: "¿Pues cómo es que

habeis podido pasar al lado de esta pobre niña, sin hacerla entrar, permitiendo que se mantuviese expuesta al frio de la noche?"— Á esto replicó Sir Salómon que en primer lugar no habia visto la tal niña, y que ademas creía que esta ya debia estar familiarizada con todo el rigor de las estaciones.

El Coronel levantó los ojos, y vió sonrosearse el rostro de aquel guarda de su casa, de aquel que temiendo dejarla expuesta al robo se habia constituido generosamente su defensor. Esta reflexion le conmovió, y si se hubieran podido distinguir en su fisonomía los coloridos de estas diversas sensaciones, se hubiera visto aquel rubor particular que nace del conocimiento de una falta combinado con el deseo de repararla.

Sentir que estaba culpado, y con-

fesarlo con franqueza, era siempre la costumbre del Coronel, y así entonces se hallo en una perfecta harmonía de sus facultades, que era á un mismo tiempo un estado nuevo y agradable para él, y que daba á sus facciones una expresion de bondad y de benevolencia mas decidida que la que comunmente se le notaba, así alargó su mano á Sir Salomon, y le dijo: "en verdad, querido amigo, que esta pobre niña ha sido bien desgraciada, pero ahora ha hallado su consuelo en mi corazon: ¡querida Rosa! sí, Sir Salomon, yo lo confieso, que esta niña ha llegado á ser para mi un manantial de melancolicas delicias."

Como la conversacion tomaba un carácter sentimental, Sir Salomon saco su pañuelo, y pidio perdon por haber usado, hablando de Rosa, de ciertas expresiones que confesaba habian

sido inoportunas. El Coronel dijo que él las habia promovido con la dureza de su genio, y juró que tendria cuidado de ella, y que jamas se veria expuesta á sufrir la menor necesidad.

Los criados que se hallaban en el portal, los cocheros que estaban á la puerta, y aun el mismo Sir Salômon formaron coro, repitiendo las expresiones de John, que exclamó: ¡*bendiga Dios á un hombre tan generoso*!

Aun no estaba Rosa del todo despierta, pero apénas conoció que se trataba de bendecir á su bienhechor, cuando haciendo una fuerza por desprenderse de los brazos del Coronel, se puso de rodillas, cruzó sus manitas y repitió: ¡*Dios bendiga á un hombre tan generoso*! El tono y modo con que la niña pronuncio esta corta súplica fueron tan interesantes, que el Coronel la volvio á tomar en brazos, la estrechó

contra su pecho, y despües de haber pronunciado en voz baja algunas palabras que no se entendieron, preguntó á Sir Salomon si queria quedarse á cenar en su compañía. Sir Salomon aceptó el convite, y ya estaban en la mesa cuando Betty, que no habia juzgado á propósito darse mucha prisa, vino á casa acompañada de un grueso lacayo de Sir Salomon, y al llegar á la puerta dió un terrible campanillazo.

Nada vale la sorpresa de Sir Salomon cuando vió delante de sí al Coronel en comparacion de la de Betty al aspecto del semblante grave y circunspecto de John, que salió á abrir la puerta. Las expresiones con que ella quiso manifestar la alegría que la causaba encontrarle de nuevo en su casa fueron recibidas con frialdad, y aunque acudió al recurso ordinario de sus

desmayos, por esta vez no le produjeron ningun efecto, ni vió en John aquellos cuidados y tiernos servicios con que en igual desmayo la habia socorrido el dia antecedente.

El lacayazo que la acompañaba, y que era un excelente fisonomista, tuvo la barbaridad de abandonarla en su desmayo: bien es que éste se curó apenas conoció que la habian dejado sola, y no se entregó sino al verdadero sentimiento de haber desperdiciado la mejor ocasion de saber lo que pasaba en casa.

El Coronel empezó á hablar con su convidado manifestando un buen humor, tal como nunca le habia visto John: igualmente bebia mas de lo acostumbrado, y tambien mucho mas de lo que quisiera su fiel criado, quien á pesar de la suma repugnancia con que destapaba cada botella, recibio á me-

dia noche la órden de servir vino de Champagne, y que los dejase solos de sobre mesa.

"Mucho me gusta vuestra aldea, querido Mushroom," dijo el Coronel llenando su vaso: —"¡mi aldea, querido Coronel! ¡ojalá que lo fuese! solo tengo algunas posesioncillas acá y acullá."—"Muy bien, respondió el Coronel, sin embargo creo que teneis bastantes, si es que sabeis hacer buen uso de ellas. Nunca me mezclo en negocios agenos: asi yo no considero en esta aldea sino el lugar de vuestra residencia, y como ya he dicho, me gusta tanto que siento dejarla."—"¡Como dejarla!" exclamo Sir Salomon aparentando sorpresa y sentimiento, y añadio: "yo espero que la resolucion de mi buen vecino no será una cosa decidida."—"Fija como las estrellas, respondio el Coronel; y aña-

dió, bien es verdad que no me hubiera apresurado tanto á tomar este partido, á no haber sido porque...." Al llegar á este punto se halló en contradiccion la franqueza del Coronel con su política, acordándose de que el caballero Mushroom tenia una gran parte en los motivos que le determinaban á salir de Penrry; pero su mucho respeto por las leyes de la hospitalidad puso límites á su natural franqueza, y le hizo mudar el hilo de la conversacion.

El caballero Mushroom estaba con la boca abierta pendiente de aquel misterioso *porque*, cuando el Coronel, semejante á un profesor de moral que salta media docena de páginas porque no quieren que las oigan los que le escuchan en sus lecciones, dijo: "¡esta Rosita ha tomado tal ascendiente sobre mí! vaya, es una locura: el dia-

blo me lleve sino es una verdadera locura." — "Es verdad, mi Coronel, eso tiene ya algo de dibilidad...." — "¿ Y por qué Sir Salomon? yo no encuentro debilidad ninguna en dejarse llevar del gusto de socorrer á una niña que realmente...." — "Coronel, á vuestra salud." — "Gracias, querido vecino.... decia que la niña realmente es tan interesante, que estoi enteramente resuelto á no abandonarla nunca."

La expresion de *resuelto* advirtió á Sir Salomon que no debia usar otra vez la palabra *debilidad*; y entonces se puso á elogiar aquel acto de beneficencia, sobre cuya materia aun seguia hablando, cuando el Coronel cayó en un profundo sueño.

Sir Salomon se levantó de la mesa tambaleándose alguna cosa; pero conservando firme su cabeza, tiro de la campanilla no muy fuerte, y ha-

biéndose presentado su criado, que le aguardaba en la antesala, le mandó que llamase á los del Coronel. John, apénas entró en la sala, miró á su amo, y se entristeció de hallarle dormido, pero se mantuvo á su lado interin que Betty acompañaba á Sir Salomon hasta la puerta de la calle haciendole millones de cortesias.

## CAPÍTULO VI.

Con no poca dificultad logró John dispertar á su amo, y conducirle á la alcoba; pero no bien habia una hora que estaba en la cama cuando le asaltaron el dolor de cabeza, los espasmos, los sofocos, y cuantos males puede producir la intemperancia en una máquina debilitada por largas enfermedades.

El pobre John estimaba demasiado á su amo, y conocia muy bien su temperamento, para que pensase en acostarse; pero al salir de la alcoba para buscar no sé qué cosa encontro á la pobre Betty, que con los ojos llenos de lágrimas procuraba volver á la primitiva estimacion de su compañero. Le habló de la amarguísima pena que tuvo al verle marchar con su amo, le juro que esta tristeza no la habia per-

mitido ocuparse en nada todo aquel dia, que tampoco habia tenido gusto para arreglar las cuentas de la casa como él la habia prevenido, y viéndose tan displicente habia ido cerca de anochecer á casa de su hermano á ver si se distraía; pero que allí la dió tan fuerte ataque de nervios, que Mr. Harry, camarero de Sir Salomon, que casualmente pasaba por la calle, viéndola en aquella disposicion, la habia ofrecido su brazo hasta casa, lo que habia admitido únicamente por el temor de desmayarse en el camino: todo lo escuchó John, pero no pudo figurarse que todo fuese cierto, y mucho mas acordándose de que cuando fue á abrir la puerta la oyó hablar con su conductor en voz alta, y aun con mucha alegría.

Él amaba á Betty, no cabe duda; y aun por lo mismo tal vez experimen-

taria alguna dificultad en hacerse fuerte contra la emocion que causan las lágrimas y tono suplicante de una muger amable y amada; pero la indiferencia con que ella habia mirado, no solamente la perra de caza, sino tambien á la niña prohijada por su amo, y esto durante tan corta ausencia, eran unos delitos imperdonables á los ojos del honrado John, que creía ser culpable para su amo si era indulgente con quien tales faltas habia cometido; así fue que la miró con severidad, y sin responderla se volvió á la alcoba de su amo.

Sin embargo, luego que se halló solo, y entregado á sí propio, empezó á acordarse de la arenga de Betty, y casi se inclinaba á creerla: solo una cosa era la que no podia olvidar, es decir, la alegría con que llegó á la puerta con el hombre que la acompa-

fiaba; pues siendo esto cierto, ¿cómo podia combinarse con el ataque de nervios que le habia contado? Cuanto mas cavilaba sobre esta circunstancia, mas pesadumbre le daba, de modo que se empeñó en persuadirse á sí propio que esta alegría era tan natural como lo demas de la disculpa.

Tampoco podia hacer á Betty responsable de la falta de los otros criados, á quienes ella juraba que habia encargado cuidasen de la niña y la perra, por lo cual en su opinion solo ellos merecian ser despedidos de tan buena casa. Tranquilo con semejantes reflexiones sobre la conducta de la muger á quien amaba, se durmió profundamente en la silla muy convencido de que Betty no era culpable, y soñó con ella hasta el momento que le dispertaron los quejidos de su amo.

El violento ataque de nervios que

John habia previsto condujo al Coronel casi á las puertas del sepulcro, y aunque al fin se restableció, fue despacio, de modo que se vió obligado á permanecer todavia algun tiempo en la aldea. Su fiel criado, juzgando por su corazon el de todos los vecinos, creyó que al mismo tiempo que sentirian la causa de esta detencion aplaudirian sus efectos; pero cuál fue su sorpresa cuando al traer los mercaderes sus cuentas, segun la órden que les habia dado, supo que el digno Coronel solo era á sus ojos un feroz asesino. Esta noticia, aunque tan absurda, se habia contado tanto, y escuchado con tanto gusto, que aun aquellos mismos que disfrutaban de las limosnas del Coronel habian llegado á ser sus mas fuertes acusadores.

Irritado con la idea de una calumnia tan escandalosa, y de la ingrati-

tud de aquellos para quienes la venida del Coronel habia sido una fuente de auxilios, no sospechando siquiera la parte que la inocente Betty habia tenido en esta historia, y viendo que ni todas sus reflexiones para refutar aquellas voces, ni el recuerdo de los beneficios recibidos producian efecto alguno sobre el empedernido corazon de sus compatriotas, se disgustó con su país natal, y ya no sintio la resolucion que el Coronel habia tomado de dejarla, llevándose á Rosa consigo.

Antes de pasar adelante es preciso dar cuenta al lector del motivo que el Coronel tuvo para volver á Penrry con tanta precipitacion el dia mismo de su salida para Londres.

El Coronel, igualmente que su criado, tomaron aquella mañana el coche abismados en la mas profunda melancolía, cuya causa no podian expli-

car, y especialmente el Coronel iba sumamente pensativo. Por fin rompió el silencio, y dijo: "querido John, voy muy atormentado pensando en Rosa: es un negocio muy delicado buscar persona que pueda encargarse de la educacion de esta niña." — "Pudierais encargarla á Mistress Betty; es una joven amable, prudente y activa; su corazon es excelente...." — "Teneis razon, John... ahora precisamente voy pensando en los medios de fijar la suerte de esta pobre niña antes de embarcarme para la India, y pienso convendria traerla tambien a Londres en otra silla de posta acompañada de Betty." — "¡Ah señor! con eso completariais su felicidad." — "Ya sabeis que no tengo hijos", prosiguió el Coronel. — "Eso es una lástima", dijo el criado: — "pero por esa misma razon, añadió el Coronel, puedo mejor hacer mi volun-

tad sin perjuicio de nadie, y dar á mi Rosita una muger que la sirva y tenga cuidado de ella."—"Mistress Betty es precisamente la muger que os conviene."—"Dirás la muger que conviene á Rosa", contextó el Coronel sonriéndose; á lo que el otro respondió: "¡válgame Dios, señor! ¿de quién habia yo de hablar, sino de Rosa?...."—"Muy bien, repuso el Coronel; ahora nos detendremos á comer en la primera casa de postas, y allí hablaremos de esto á nuestro gusto."

Como la pesadumbre de John por separarse de la muger que amaba le habia traido triste todo el camino, se reanimó con la esperanza de volverla á ver, y aun con el gusto de haberla servido completamente conservándola con sus buenos informes un acomodo tan envidiable. Esta idea hizo renacer su buen humor, y dió las ór-

denes necesarias para activar la comida, juzgando que cuanto mas pronto llegasen á Londres mas pronto regresarian á Penrry.

El Coronel no participó de la impaciencia de su criado; comió tranquilamente, y cuando volvió á tomar el coche repitió las mismas palabras con que aquella mañana rompió el silencio. "Muy atormentado me veo pensando en Rosa: es un asunto muy delicado."

Entonces John se acordó repentinamente de una cosa que, segun manifestó, le traía algo inquieto, y dijo: "señor, con vuestra licencia diré que.... Sin embargo no creo que haya sucedido nada malo...."—"¿Cómo nada malo? repitió el Coronel, ¿de qué modo, ó á quién puede haber sucedido?"—"Á Dido, respondió John: nosotros hemos dejado en Penrry al pobre animal."

El sobresalto que causó al Coronel la expresion de *nada malo* se moderó alguna cosa, pues aunque en verdad la perra era, hacia muchos años, su diversion, y aunque todavia conservaba el mismo lugar en su cariño, sin embargo el animal tenia en Rosa una rival muy fuerte; y así el Coronel dijo, que con tal de que á la niña no la sucediera nada, en cuanto la perra, si acaso se la robaban, podria volverla á encontrar á fuerza de dinero.

John por el contrario no tenia cuidado sino por la perra, pues en cuanto á Rosa estaba seguro de los buenos servicios de Betty, en primer lugar por el buen corazon de esta, y en segundo por lo mucho que el se la habia recomendado; pero como la perra era la compañera fiel de todos sus viajes, y penso tambien que lo fuese

en éste, no habia hablado de ella á Betty, y cada vez se admiraba mas de como habia cabido en él semejante olvido.

"Señor, dijo á su amo, es innegable que la precipitacion es enemiga del acierto; si vos hubieseis tomado siquiera un dia para reflexionar, hubierais pensado en que nos acompañasen Mistress Betty y Mis Rosa: entonces no hubiera sido posible haberse olvidado de la pobre Dido, sin la cual nunca os habeis puesto en camino. En fin, es muy posible que suceda alguna cosa á Dido, á la niña y aun á la misma Mistress Betty; un dia mas ó menos no hace nada, y aun cuando se arrodeára algo por causa de ir á buscar unos objetos tan necesarios para vos; pues que (y esto lo dijo en tono muy patético) vos sentiriais sobre manera perder aquel pobre ani-

mal, cuyo valor y fidelidad á veces os ha sacado las lágrimas á los ojos cuando estábamos en la India...."— "¡Perder la perra! esclamó el Coronel; no quisiera que me sucediera por todos los tesoros de Bengala."—"¿Quereis que mande al postillon que vuelva atrás?" preguntó John; y su amo habléndole contextado que sí con un movimiento de cabeza, regresaron precipitadamente á Penrry, segun hemos visto.

## CAPÍTULO VII.

John, despues de haber reflexionado que su querida no era tan culpable como al principio habia pensado, volvió á usar con ella su acostumbrado tono amistoso. "Betty, buena Betty", exclamó viéndola entrar en el cuarto, y poniendo sobre la mesa una botella de medicina que tenia en la mano, á fin de poder accionar sin aquel estorbo con la mano derecha,

"El dardo que despide la calumnia
„Corta mas que los filos de la espada,
„Y tiene mas veneno
„Que los réptiles de que abunda el Nilo
„En sus toscas orillas.
„Esta cruel ponzoña se reparte
„En alas de los vientos,
„Y va girando todo el universo,

»Sin que de ella se libre
»Ni el Rei en sus alcázares reales,
»Ni el juez en sus tremendos tribunales."

"En verdad que es muy mala", respondio Betty, que de todo esto no entendió mas que la palabra calumnia; pero creyó que John aludiria á la historia que ella habia hecho circular por la aldea.

Cuando John podia divertir al Coronel contándole lo que oía, juzgaba que ésta era una de sus obligaciones; por lo mismo el cuidado que tenia en ocultarle lo que pudiese causarle algun sentimiento nacia del afecto que tenia al mejor de los amos. Se libró bien de hablar una palabra de aquellos rumores, y rogó á Betty que olvidase enteramente una calumnia tan grosera. La olvidaré si puedo, respondio Betty: á lo cual dijo el, "aunque

el olvidarla sea dificil, todavia lo es mucho mas acordarse de ella."

El exceso que el Coronel habia cometido cuando cenó con Sir Salomon le puso en tal estado su salud, que creyó necesario volverse á Bath: y no queriendo dilatar la hora de poner en planta sus proyectos acerca de Rosa, dió sus plenos poderes á John para que tratase con Betty, la que cavilando siempre en su esperanza de verse algun dia al frente de la posada de White-Horse, hubiera antes querido ser despedida de la casa del mejor de los amos, que renunciar al proyecto de volver á Penrry con el título de posadera á la mas famosa posada de aquellas cercanías; pero sin embargo, esperando que esto sucediese, aceptó la plaza de criada de Miss Rosa, dando mucho gusto á John, quien mas modesto en sus planes nada le quedaba que

desear luego que era obedecido su amo.

Cuando el Coronel habia salido de la India con licencia por un año tenia la esperanza de no volver á aquel país; despues se habia renovado la licencia, y ya no le quedaba mucho tiempo para cumplirse la próroga. Su caudal era regular, pero los que juzgaban de sus fondos por su liberalidad le habian dado el nombre de Nabal, aludiendo á sus inmensas riquezas. Los servicios que habia hecho á su patria, y tambien el estado de su salud, le daban derecho á las generosas recompensas con que la compañía de la India premia á los militares inválidos que desean volver á su país: mas el Coronel creyó que no era muy decoroso retirarse, cuando una guerra muy empeñada llamaba la atencion de todos los gabinetes; y asi resolvió volver á su regimiento en el primer com-

boy que se hiciese á la vela.

El lector debe haber observado que el Coronel Buhanum, aunque parecia que á nadie pertenecia en la tierra, era individuo de una familia distinguida en Escocia; pero habia abjurado solemnemente toda relacion con ella, despreciando las atenciones de sus parientes y amigos. Un año habia pasado desde que llegó á Inglaterra sin que se hubiese dignado de pronunciar ni una vez siquiera el nombre de un pariente, cuya conducta habia irritado tanto á su familia, que si bien se honraba con la fama del Coronel, se resentia no menos de su obstinacion inflexible.

Sin embargo, ya fuese porque considerase á su pariente mas cercano como su lejítimo heredero, ya porque le sucediese, como á todos los hombres atrabiliarios, que luchando constante-

mente con las enfermedades mas peligrosas, jamas pierden la esperanza de vencerlas, lo cierto es que no habia tomado otra disposicion relativa á sus intereses, sino escribir al hermano mayor de su padre una carta á favor de John Brown, diciendo que le dejaba una manda de quinientas esterlinas, y una pension anual de diez libras interin viviese; y antes de salir de Penrry escribió otra carta diciendo al mismo su tio que remitiese cinco mil esterlinas á Rosita, pagándola una pension de cien libras cada año; y estas dos cartas se las entregó á John, recomendándole que las diese direccion si el llegaba á perder la vida.

John, á quien el Coronel confiaba todos sus negocios pecuniarios, sabia poco mas ó menos todo lo que poseia su amo, y el como lo habia adquirido: tambien habia llegado á hacer cier-

tos ahorros de su propio dinero; mas no habiendo esperado nunca mayor fortuna que la de vivir y morir con su buen amo, no pensaba en averiguar quién gozaria de sus bienes despues de su muerte.

Sir Salomon Mushroom despues de su última visita con el Coronel, la noche en que ambos se excedieron tanto, se habia presentado varias veces en su casa, y siempre habia sido recibido del modo mas expresivo. Un dia pues que el Coronel contaba francamente el motivo de su precipitado regreso á Penrry, Sir Salomon examinaba con cuidado sus miradas y todos los rasgos de su fisonomía, animada entonces por su beneficencia, y comparando esta expresion con el modo frio y desdeñoso con que el mismo habia recibido sus primeros ofrecimientos, decia: "¡ah, como le ha humillado el

crímen!" Bien es que esta reflexion quedaba encerrada en el fondo de su alma, pues que en lo exterior no hablaba palabra que no fuese para adular á quien estaba delante. Ponderaba con entusiasmo la misma beneficencia, que en vano habia pretendido moderar; elogiaba la conducta que habia sido el objeto de sus desprecios, así como de sus sospechas, y resolvió secretamente que si el Coronel se libraba de la espada de la justicia, que segun Betty pendia sobre su cabeza colgada en un solo cabello; si perseveraba en su proyecto de adoptar una mendiga; si posceía bienes considerables, que queria dejar á la niña; y en fin, si todos estos *si* se realizasen, determinaria poner en ejecucion un plan, que ya habia meditado, y bajo el cual estaba seguro de salir airoso. Esperando que esto llegase hacia mil caricias á

la niña, y ella, vencido ya el temor que la causaba su vista, habia llegado á volverle sus caricias, y aun á amarle, lo cual aparentó él que le agradaba tanto, que no con poca sorpresa de cuantos le conocian compró una magnífica muñeca, y se la regaló á su nueva amiga.

En virtud de esta conducta el Coronel habia olvidado enteramente las malas impresiones que le habia inspirado el verdadero carácter de Sir Salomon; y John, aunque menos dispuesto á vencer el ódio que le tenia, reflexionó que las mismas personas que habian divulgado la calumnia contra su amo, podrian tambien haber inventado lo que se contaba del señor de la quinta de Penrry. Éste, aunque celibatario, era en cierto modo un gefe de la familia; pues aunque no tenia hijas, tenia sobrinas.

Aconsejó al Coronel que fuese á ver á Mistress Feversham, propietaria de la casa, y que entonces se hallaba en Bath, y con este motivo le dijo (hablando de ella) que era una dama que conocia perfectamente el mundo, y que podria serle útil en los planes de educacion de la niña. Esta idea agradó sobremanera al Coronel, dió mil gracias á Sir Salomon, y se despidieron protextándose una amistad eterna.

Dos sillas de posta condujeron al Coronel y su familia á la puerta de una de las mejores posadas de Bath, despues de haberse detenido en Devices, donde el Coronel se encerró en un quarto con John y Betty, y los mandó que á nadie hablasen de la historia de Rosa, ni la llamasen sino Miss Buhanum. Jonh, á quien le bastaba saber que era gusto de su amo, para

no desobedecerle nunca, inclinó respetuosamente la cabeza, y se retiró, mientras que Betty protextó mil veces que jamas se apartaria de la conducta que acababa de prescribirla; pero apénas salió del cuarto fue á dar parte á la posadera de toda la historia de Rosa. Admirada aquella muger se la contó igualmente á su marido, y éste al mozo que cuidaba de la caballeriza, el cual asombrado de que un hombre como el Coronel adoptase una niña mendiga, se lo contó á todos los postillones; de modo que por estos, que pueden llamarse partes telegráficos, la historia de la niña llegó á oidos de la posadera de Bath poco despues que Betty se la confió á la de Devices.

Luego que llegaron envió el Coronel un billete cumplimentando á Mistress Feversham, la que sintiendo per-

der tan buen inquilino habia formado el proyecto de volverse á Penrry. Esta señora era una viuda de cuarenta años, y no poco mérito, si no hubiese tenido la manía de creer que poseía un gran talento, y muy singular hermosura. Sin este defecto hubiera podido vivir respetada y admirada, porque su rostro era agradable antes de que se le hubiese desfigurado con el colorete; y su entendimiento naturalmente vivo, y adornado con una memoria feliz, hubiera hecho su conversacion agradable, sin la manía de querer deslumbrar y encantar, cuando no hacia otra cosa que llenar de tédio á los que mortificaba con el fárrago de su erudicion pedantesca. Sin embargo de los sublimes conocimientos que pretendia poseer, afectaba modales de niña, pronunciaba mal, hacia preguntas intempestivas, reía de las gracias

que decia, y confesaba que era una loca. Á todas estas ridiculeces añadia una pasion insaciable por ser admirada; y habiéndose empeñado hacia mas de diez años en persuadir á sus amigos que habia habido equivocacion en cuanto á la fecha de su nacimiento, acabo por persuadírselo á sí propia, y bajo esta suposicion no podia figurarse como una muger tan bella y sensible habia podido pasar un año en la viudez sin que ni un solo hombre se presentase á ofrecerla de nuevo el yugo de himeneo.

El billete de un indiano rico lisonjeó extremadamente su vanidad; y aunque por noticias de sus amigos de Penrry, y de la misma Betty, sabia que el Coronel era sumamente feo, se preparó á recibir su visita poniendo en juego todo cuanto creyó necesario para encantarle. Precisamente acababa

de componer algunos adornos para lucir en Penrry, cuyos chismes ya estaban empaquetados aguardando el viaje; pero ella abrió los lios, sacó sus botes, sus cajas, y en fin, presentando el tren respetable que habia de servirla en la batalla, escogió el mas elegante adorno. Cuando el Coronel llegó á su casa, en vez de encontrar, como esperaba, una modesta viuda vestida de luto, halló que se le presentó una petimetra, cuyo aire de coquetería se conformaba perfectamente con su trage: ondeaban sobre su cabeza un manojo de plumas blancas y negras; flotaba á su alderredor un delicado trage de gasa, y todos sus cabos y colores eran precisamente los que hubiera podido elegir una niña de quince años.

Sorprendido el Coronel con esta visita, imaginó que se habia equivoca-

do, y que le habian hecho entrar en casa de otra dama: ya iba á disculparse, cuando ella, pensando que su belleza era la que causaba todo aquel trastorno y admiracion, creyó que era tiempo de hacer valer su talento, y descargo sobre el pobre Coronel tal torrente de elocuencia, que cuando se paró para tomar aliento, él no pudo romper el silencio en que le habia abismado su sorpresa. La dama cada vez mas satisfecha de una confusion, que segun ella no podia nacer sino de una causa muy lisonjera para su amor propio, se disculpó de su atolondramiento, y manifestó cuánto sentia perder un tan buen inquilino.

El Coronel se recogió por un momento dentro de sí mismo, y pensó en el negocio que pudo llevarle hasta el extremo de visitar á una muger del gran mundo; pero el disgusto que ella

le inspiraba fue tal, que en su comparacion juzgó nada valia cuanto queria decirla, ni debia comprarse cualquier favor que ella pudiese hacerle *en cuanto á sus proyectos de educacion* siempre que fuese á costa de la incomodidad de prolongar su visita. Sin embargo la hizo los cumplimientos de estilo, y se dió priesa á salir: mas ella le condujo hasta la misma puerta de la calle, acariciándole con elogios y sonrisas expresivas, mientras que él, muy pesaroso de haberla visitado una vez, juraba en su corazon que seria la última. Mistress Feversham, lejos de preveer unas ideas tan contrarias á su esperanza, se entretuvo en pensar las dulces consecuencias que podia tener su amistad con el Coronel, y aun escribio á sus amigos (en cuya casa habitaba) que la era indispensable permanecer en Bath por algunos dias.

El Coronel volvió á su posada, y llamando á la dueña de ella, se informó de una casa que pudiese alquilar; y dirigiéndose á la de una buena muger que le indicaron, se estableció en ella con toda su comitiva, muy contento por verse libre de los importunos cumplimientos de la viuda.

Aunque Betty, que habia servido á Mistress Feversham, conservaba cierto respeto á su ama antigua, con todo la causaba cierta inquietud la idea de que otra muger pudiese mezclarse en los negocios domésticos del Coronel, que segun lo que ella misma pensaba no podian haber caido en mejores manos que en las suyas, y en cuanto á la niña tampoco nadie era mas á propósito para cuidarla, por todo lo cual se alegró mucho cuando vió que su amo tomó casa por sí despues de haber visitado á Mistress Feversham, y

que ni siquiera pronunció una vez su nombre. Se felicitaba del buen giro que iban tomando sus negocios, y hablaba de esto con su compañero John, cuando sonó un terrible aldabazo en la puerta de la calle, y se oyo la voz de Mistress Feversham, que preguntaba por el Coronel: oido lo cual, Betty bajó á ofrecerla sus respetos, y John corrió á comunicar á su amo la visita que tenia.

Sir Salomon, á quien dejamos en Penrry lleno de respeto y de amistad por el Coronel, no bien oyó decir que la aldea estaba libre de un transeunte tan indigno, cuando marchó en posta á Londres deseoso de satisfacer su curiosidad, y poner en planta los proyectos que medio habia formado relativamente á su conducta para con su nuevo amigo y la niña.

"¡El Coronel Buhanum!" decia pa-

ra sí al tiempo de entrar en la casa de la compañía de la India: "yo jamas he oido este nombre, y creo que no es un Coronel efectivo." Esto pensaba allá en su cabeza; pero cuando se dirigió á hablar del asunto con Mr. Mellish, uno de los primeros Oficiales de la compañía, hombre muy rico, y por lo mismo muy querido de Sir Salomon, recibió esta respuesta: "El Coronel Buhanum es un oficial del mérito mas distinguido, cuyo valor y conocimiento en el arte de la guerra le han elevado en poco tiempo al grado que obtiene, y está conocido y respetado de todos por la pureza de sus principios y la generosidad de su corazon." Oido esto, reflexiono que seria fingida la historieta del asesinato, y aun se felicitó por haberlo sospechado desde luego; pero sin embargo no se contentó con esto, y quiso hacer otra em-

bestida. "Como hay en el mundo gentes tan maliciosas, dijo, se han atrevido á esparcir ciertos rumores acerca de ese caballero."—"Sin duda quereis hablar de un desafio," respondio M. Mellish, y el otro contextó: "si: precisamente hablaba de ese desafio."—"Fue accidente bien funesto, replicó Mellish; pero sin embargo el honor y el carácter del Coronel no quedaron con alguna nota, y el caballero con quien se batió declaró en su última hora que él mismo habia sido el agresor." ¡Ola! dijo para sí el tal Salomon, lo cierto es que ya tenemos un muerto: "y bien, ¿qué hizo despues el Coronel?" Á esto no pudo responderle su amigo Mellish, pues en aquellas oficinas solo se habia hablado del desafio, y de la disculpa que tenia el Coronel, aunque habia dado la muerte á aquel caballero; y aunque esta li-

gera noticia no satisfizo su insaciable curiosidad, redobló su atencion cuando M. Mellish dijo que de cuantos militares estaban al servicio de la compañía no habia otro que mas estimado estuviese de los Directores, y que así su recomendacion era muy respetada.

Solo una pregunta quedaba que hacer al molesto preguntador, y era la de si el Coronel era verdaderamente hombre acaudalado; y habiendole respondido que en este concepto se le tenia, se despidió de su amigo, regresó á Penrry, y escribió una carta al Coronel, encargándole diese expresiones á Rosita; y para probar cuánto se interesaba en la suerte de aquella niña escribió tambien á Mistres Feversham, explicándola los motivos que habia tenido para hablar de ella á su digno vecino, y recomendándola con entusiasmo la *mas hermosa y encanta-*

*dora niña que habia en el mundo*, á la que el Coronel protegia en términos de haberla adoptado, proponiéndose darla una educacion brillante.

Estas cartas llegaron á Bath á otro dia de la visita del Coronel á Mistress Feversham; y como esta elegante viuda, exceptuando la hermosura y el talento, de nada gustaba mas que de dar consejos y dirigir los negocios agenos, mandó venir una silla de manos, se dirigió á la posada del Coronel, la dijeron cuál era su domicilio, é informándose de la familia que tenia consigo, llegó á saber toda la historia de Rosa, que habia corrido desde Devices á Bath, y que Betty acababa de confirmar contándosela á la posadera, aunque bajo el sello del secreto.

Desde la posada marchó inmediatamente á casa de Miss Guest, M. Rauzzini, Miss Flemming y M. Didier,

y á todos los llevó consigo á casa del Coronel. Ella no ignoraba que á los primeros elementos de educacion debian preceder las ciencias agradables, pero tenia demasiada vivacidad para reflexionar que una niña criada en la indigencia no podia hallarse en estado de aprender la música, el baile, ni las lenguas; pero por otra parte estaba tan convencida de la impresion que habia hecho en el corazon del Coronel, que no dudó le hallaria perfectamente dócil á sus consejos.

Despues de un plan tan bien concertado, ¿cuál fue su sorpresa y su enojo cuando el buen John salió diciendo que su amo la ofrecia sus respetos, y pedia la disculpase si no podia recibirla, pues se lo estorbaba el estado de su salud?

Era imposible oir con indiferencia una respuesta semejante dada á una

dama hermosa, sensible y servicial. Al principio no pudo figurarse sino que era alguna equivocacion del criado: así le hizo repetir muchas veces el recado, y John la satisfizo con tanta paciencia como exactitud, pronunciando una á una cada sílaba, y acabó manifestando que no habia cosa mas clara.

"¡Cómo es eso! exclamó ella. ¿Despues que he dilatado mi viage á Penrry, donde negocios importantísimos exijian mi presencia, y esto por complacer á mi amigo Sir Salomon, y servir al Coronel; despues que me he tomado la molestia de buscar á estos señores a fin de presentárselos al Coronel como las personas de mayor talento para la educacion que se propone dar á esa niña mendiga, ahora sufro el desaire de no ser recibida?"

La voz fuerte y penetrante con que

Mistress Feversham pronunció la palabra niña mendiga resonó en todo el portal: John, que sabia cuanto se empeñaba su amo en ocultar á todo el mundo el orígen de su favorita, se sobresaltó tanto que repentinamente, y sin pedir licencia, volvió la espalda para ir á dar parte á su amo.

Entró en el cuarto del Coronel diciendo: "no se puede negar que esa viuda es un ente muy ridículo; habla mucho para no decir nada, y parece estar tan satisfecha de su propio mérito que mira con desprecio á todos los otros. Sin embargo, está muy bien instruida del nacimiento de Miss Rosa, y así pienso debais verla."

El Coronel se acordó de que era probable que su amigo Sir Salomon hubiese escrito á favor de su protegida á una muger, que segun su opinion conocia perfectamente el mundo,

y aunque á los ojos del Coronel esta dama no era otra cosa que una coqueta, con quien jamas podria formar la menor relacion de amistad sin hacerse mucha violencia, con todo la molestia que se habia tomado por el encargo de Sir Salomon, y las atenciones que se deben al sexo femenino, merecian alguna consideracion en la política del Coronel; y así creyó que debia recibir su vista: pero mas que todo esto le decidió á admitirla la idea de encargarla el secreto respecto á la niña, á quien ya empezaba á mirar como hija propia.

Salio pues á buscar á la tal dama, la que estaba contando en alta voz las obligaciones que la debia el amo de aquella casa, y la ingratitud con que se las pagaba. La presencia del Coronel la impuso silencio, pues así en su persona como en sus moda-

les tenia una dignidad que imponia respeto al paso que inspiraba confianza. Se excusó cortesmente de haberse negado á recibir á Mistress Feversham. Ésta empezó á calmar su resentimiento, y le presentó las personas que la acompañaban; á saber, Miss Guest, maestra de piano, Mr. Bauzzini, cantor italiano, Mr. Didier, el mejor maestro de lenguas que se conocia, y Miss Flemming, que enseñaba el baile con un éxito capaz de excitar la admiracion de todos. El Coronel no pudo menos de sonreirse al pronto; pero usando de su afabilidad y dulzura saludó cortesmente á toda la alegre comparsa, y mandó que se presentase la niña.

Es preciso convenir que la primera impresion que producia Rosa en cuantos la miraban no era siempre la mas favorable: es verdad que la ex-

tremada delicadeza de sus miembros la habia preservado del requitismo tan comun en los niños que padecen trabajos: tambien es cierto que tenia las piernas derechas; pero la debilidad, que es precisa consecuencia del uso de malos alimentos, la habia dado un modo de andar muy poco ayroso. Ademas era sumamente chica, sus cabellos, que habian sido cortados cuando fue admitida en casa del Coronel, aun estaban muy cortos, por lo que se los ocultaban enteramente bajo un gorrito de muselina adornado de cintas y rosas, lo que hacia tan poco favor á su cara, como á su cuerpo el vestido de indiana salpicado de florones. Rosa, naturalmente tímida, se refugió al lado de su protector apénas entró en la sala, con tal desórden en sus acciones, que Mistress Feversham apénas pudo disimular la sorpresa y disgus-

to que la causó la pobre niña. "¿Es esta, dijo irónicamente, la que Sir Salomon llama la mas bella niña del mundo?"

—"No tengais miedo, niña", dijo John que estaba al lado de la chimenea componiendo la leña para que ardiese; y el Coronel tomando la palabra dijo: "estas señoras y estos caballeros se persuadirán á que no hago ningun desprecio á su talento, aunque rehuse valerme de él, cuando sepan que mi niña no sabe leer todavia."

"¡Dios mio! exclamó la viuda, ¡es posible! ¡pues si representa ocho ó nueve años!"—El Coronel sin responder á esta observacion la dijo: "vos, señora, conoceis igualmente que me es imposible aprovechar de los cuidados que os habeis tomado, por los cuales os doi las gracias mas expresivas."

Todos aquellos personages, cuya política natural se habia perfeccionado con el uso del mundo, se despidieron del Coronel con todo el respeto debido á su clase, y cumplimentaron tambien á Mistress Feversham por sus buenos deseos á su favor, lo que la consoló algo de la mucha mortificacion que habia sufrido aquella mañana.

El Coronel y la viuda quedaron solos, porque Rosa, aprovechándose del momento de las despedidas de los que acompañaban á Madama, se retiró precipitadamente llena de vergüenza.

Mistress Feversham conociendo, no sin poco sentimiento, que sus gracias no habian producido el efecto que aguardaba, y que todo el brillo de su talento sería inútil tratando con un hombre tan extraño como el Coronel, dirigió prudentemente sus miras al úni-

co punto que la restaba, y preguntó con franqueza al bienhechor de Rosa, ¿qué era lo que pensaba hacer de una niña tan ignorante, y que habia perdido un tiempo tan precioso?

El Coronel se quedó parado oyendo esta cuestion tan decidida, y ella prosiguió diciendo: "explicadme cuales son vuestras intenciones respecto á esa criatura. ¿Quereis educarla como por caridad? En ese caso hay aquí dos escuelas donde por un precio muy moderado la enseñarán cuanto pueda serla útil, y aun si quereis yo me ofrezco (solamente por complaceros) á tomarla bajo mi direccion: yo soi, señor, quien he formado á Betty, y me lisonjeo de saber instruir perfectamente á las muchachas, poniéndolas en disposicion de que sean unas buenas criadas.

"Si por el contrario, vuestra inten-

cion es adoptar esa niña, debeis escoger personas de toda vuestra confianza; y ciertamente pienso que si pudiese entregarse al celo de una muger sensible.... quiero decir de una muger que conozca el mundo, que sepa apreciar las cosas, y que...."

El Coronel se levantó precipitadamente: dijo que pensaria despacio lo que convenia se hiciese; y despues añadió con una voz algo alterada, que agradeceria mucho á Mistress Feversham se hiciese por olvidar hasta la existencia de la pobre niña: la suplicó ofreciese sus respetos á Sir Salomon, la deseó buen dia, y salió del gabinete.

Ya tenemos segunda vez á la viuda engañada en sus esperanzas. La necesidad, y no la inclinacion, era la que exigia su regreso á Penrry, donde, excepto su casa desalquilada, no

tenia cosa alguna que *pidiese su presencia*. Lady Harwood, muger de un oficial General, que entonces se hallaba ausente en el Real servicio, era la amiga en cuya casa se hallaba en Bath, y la habia recibido únicamente por hacerla favor, y que se utilizase de los alquileres de la casa que tenia en Penrry; pero esta larga detencion excedia ya del término de un convite: como ademas estaba fijado el tiempo de su vuelta á aquella aldea, y como tambien habia ya recibido de su amiga un buen regalo de despedida, la era imposible no verificar su viage. La viveza natural de su imaginacion la habia hecho poner sus ojos en el Coronel, como en un hombre, cuyo caudal podia serla muy útil, y cuyo corto talento (segun su modo de sentir) seria iluminado por las luces que ella comunicase tanto á él como á la

niña que protegía.

Es innegable que éste fue un gran proyecto; pero semejante á todos los de su clase, fue mas fácil de imaginar que de ejecutar. Sin embargo, la viuda no perdió las esperanzas que el interés y la vanidad estaban fomentando, y asi envió á llamar á Betty, y la preguntó muy por menor sobre el carácter de su amo, sus intenciones acerca de la niña mendiga, y en fin, sobre el verdadero estado de su fortuna.

Betty habia sido educada por Mistress Feversham; pero poseía una penetracion muy particular cuando se trataba de sus propios intereses, lo que la hacia estar alerta contra todas las trampas que su ama antigua pudiese armar á su franqueza. Ademas de esto Betty habia gozado demasiado tiempo una autoridad absoluta en casa del

Coronel para sufrir la idea de que otra viniese á participar de su dominio: asi supo responder de modo que inspiró á la viuda odio al Coronel y desprecio á la niña. Tampoco dejo de exagerar la extremada obstinacion de su amo, diciendo que (tuviese ó no razon para ello) jamas desistia de lo que una vez se le ponia en la cabeza; de modo que la dejó enteramente convencida de que la despedida que la habia dado era una sentencia irrevocable.

Si las mugeres que ambicionan hacer conquistas, cuya idea ha nacido únicamente de su vanidad, se tomasen la molestia de reflexionar un poco antes de depositar sus imaginados triunfos en el seno de la amistad, no hay duda que evitarian el trabajo que despues tienen cuando tratan de dar á todas sus invenciones una apariencia de probabilidad, que á veces llega á ser

dificil de combinar, y aun por lo comun del todo imposible.

Mistress Feversham despues de la primera visita del Coronel habia contado con aire de victoria las flores que suponia haberle dicho el Coronel, y que pensaba equivalian á una decidida declaracion amorosa. Aparentó tomar consejo acerca de si admitiria ó no un matrimonio tan brillante, y apénas recibió la carta de Sir Salomon, cuando con un aire de la mayor importancia pregunto á sus amigos los nombres de todas las personas que le parecieron convenientes para conducirlas, como hemos visto, á casa del Coronel.

Lady Harwood se mostró admirada y aun incrédula cuando la viuda la confió su nueva conquista. El nombre de Buhanum la habia sido muy familiar en otros tiempos; pero eran tantos los

individuos de las familias que tenian este apellido, y ademas la persona así llamada, y á quien ella habia conocido antiguamente, se parecia tan poco al retrato que la hicieron del Coronel, que su sorpresa fue únicamente efecto de sus primeras ideas, y por lo mismo fácil de destruir con lo que la contó Mistres Feversham; por lo que no solo la animó á no desechar el partido, sino que la aconsejó se detuviese en Bath algunos dias.

Segun el nuevo giro que las cosas habian tomado, ¿qué era lo que podia hacer nuestra pobre viuda? ¿Debia convenir en la ridícula vanidad que tan completamente habia quedado burlada? ¿Confesar que su hermosura y su talento no solo no habian producido su efecto acostumbrado, sino que habian sido tratadas con desprecio? Esto era imposible, y Mistress Fevers-

ham estaba tan acostumbrada á sacrificar la verdad en cuantas ocasiones se hallaba su vanidad comprometida, que en el corto espacio que habia entre las casas del Coronel y la de Lady Harwood logró componer una historieta, que la agradó mucho, y con cuyo auxilio pensó ponerse á cubierto de la humillacion que tanto temia.

En primer lugar fingió que en su primera visita el rico Nabal (como todos le llamaban) le habia parecido tan feo, tan desagradable y ordinario, y en fin, tan poco parecido á su querido difunto, cuya pérdida lloraba todavia, que á pesar de las grandes riquezas del Coronel, y del pequeño caudal que ella tenia, estaba enteramente resuelta á no admitir su mano, que acababa de ofrecerla. La inventora no dudó un instante que su amiga hallaria muy verdadera y natural esta historia.

En segundo lugar dijo que la niña mendiga, que él habia adoptado, no podia menos de ser hija suya, habida en alguna indecente ramera, y que así la seria imposible tenerla en su compañía; tal era el horror que la habia inspirado así por su ignorancia como por sus groseros modales. En fin, añadio que para libertarse de las importunas instancias del horrible Coronel, y poderse disculpar con Sir Salomon Mushroom de no haberse podido encargar de la educacion de semejante niña, se confirmaba en su primer designio de regresar inmediatamente á Penrry.

Como Lady Harwood no tenia ningun motivo para dudar de la buena fé de la viuda, y por su parte no aprobaba las segundas bodas, no pudo menos de aplaudir una determinacion tan prudente: de modo que la in-





teresada, sumamente satisfecha del buen éxito que habia tenido su novela, tomó un asiento en el coche que habia de salir al dia inmediato, y solamente penso en los preparativos de su viaje.

Lady Harwood tenia una hija única, de edad de doce años, confiada al zelo de una aya, á quien estimaba mucho, y se llamaba Mistress Hannah, señora de cuarenta años, pero que se adornaba perfectamente. Esta convidó un dīā á Betty á tomar el té, ya por razon de lo que Mistress Feversham la estimaba, y ya por satisfacer su propia curiosidad y divertir á su ama, contándola circunstanciadamente la historia de la niña mendiga. Con efecto, Betty en aquella ocasion no solamente la dió cuantas noticias podia desear, sino que prometió traerla á la misma Rosa, si Mistress Hannah llevaba consigo á su señorita cuando tuviese la



bondad de irla á ver.

Esta visita se verificó mas pronto de lo que esperaban; pues Lady Harwood, habiendo sabido algunas funestas noticias que corrian acerca de los asuntos de la India, donde estaba Sir Charles, su marido, marcho á Bristol á pocas horas de haberse puesto en camino Mistress Feversham; de modo que Mistress Hannah y su señorita se hallaron por esta causa en plena libertad, y Rosa fue por la primera vez presentada á una amiga de casi su misma edad.

Las gracias y talento de Miss Harwood, perfeccionadas por el celo de una madre activa é instruida, no podian menos de intimidar á Rosita. En efecto, aquella señorita era alta y bien formada para su edad, y aunque la demasiada indulgencia de su madre la habia dado cierto melindre, su cora-

zon era excelente. La curiosidad que se excitó en ella apénas supo la historia de Rosa se convirtió en un sentimiento de benevolencia. Satisfecha de la superioridad de sus luces, emprendió instruir á la nueva amiga, y Mistress Hannah, que poseía un talento particular para cortar vestidos, hacer adornos de cabeza, batas, &c. manifestó igual deseo de dar lecciones á su amiga Mistress Betty: de modo que antes que el Coronel hubiese acabado de arreglar en su imaginacion la especie de educacion que deseaba dar á Rosa, ya ésta se hallaba algo adelantada en los elementos de algunas ciencias, y vestida con elegancia mediante las instrucciones de Mistress Hannah.

El gusto de Betty se perfeccionó, ó por mejor decir se formó entonces, y supo hacer buen uso de las ilimitadas facultades que el Coronel la ha-

bia dado para que comprase cuanto necesitase la niña.

Los vestidos de indiana con flores se arrinconaron, y en su lugar se compró bella muselina, encargando los trages á las mejores modistas; y una infinidad de sombreros, gorritos y zapatos empezaron á sucederse tan rápidamente que dentro de poco llegó á ser la niña mas elegante, y Betty la aya mas petimetra que se presentaba en el paseo de *Crescent-Fields*.

Los orgullosos caprichos de Mistres Feversham y sus embustes; la locuacidad y ninguna reserva de Betty publicando lo que debia ocultar, segun le estaba mandado, y la curiosidad de Hanah, fueron los instrumentos (digámoslo así) para que la heroina de nuestra historia principiase á dar muestras de lo que seria en adelante. Asi la divina Providencia,

que vela siempre sobre la criatura, ampara y protege al inocente con lo mismo que los mortales se figuran proporcionar su ruina.

FIN DEL TOMO V.

# ÍNDICE

## DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO PRIMBRO.

Capítulo I. . . . . . . . . . . . . . Pág. 1.
Cap. II. . . . . . . . . . . . . . . . . 33.
Cap. III. . . . . . . . . . . . . . . . 75.
Cap. IV. . . . . . . . . . . . . . . . . 113.
Cap. V. . . . . . . . . . . . . . . . . 137.
Cap. VI. . . . . . . . . . . . . . . . . 175.
Cap. VII. . . . . . . . . . . . . . . . 187.

[illegible]

[illegible]

[illegible]






OBRAS
DE
BENNET
5
MONT. 8
6 / 12


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm